

La DAMA del TREN

Ediciones
BIBLIOTECA
FILMS

★
SERIE
ALFA

Editorial ALFA

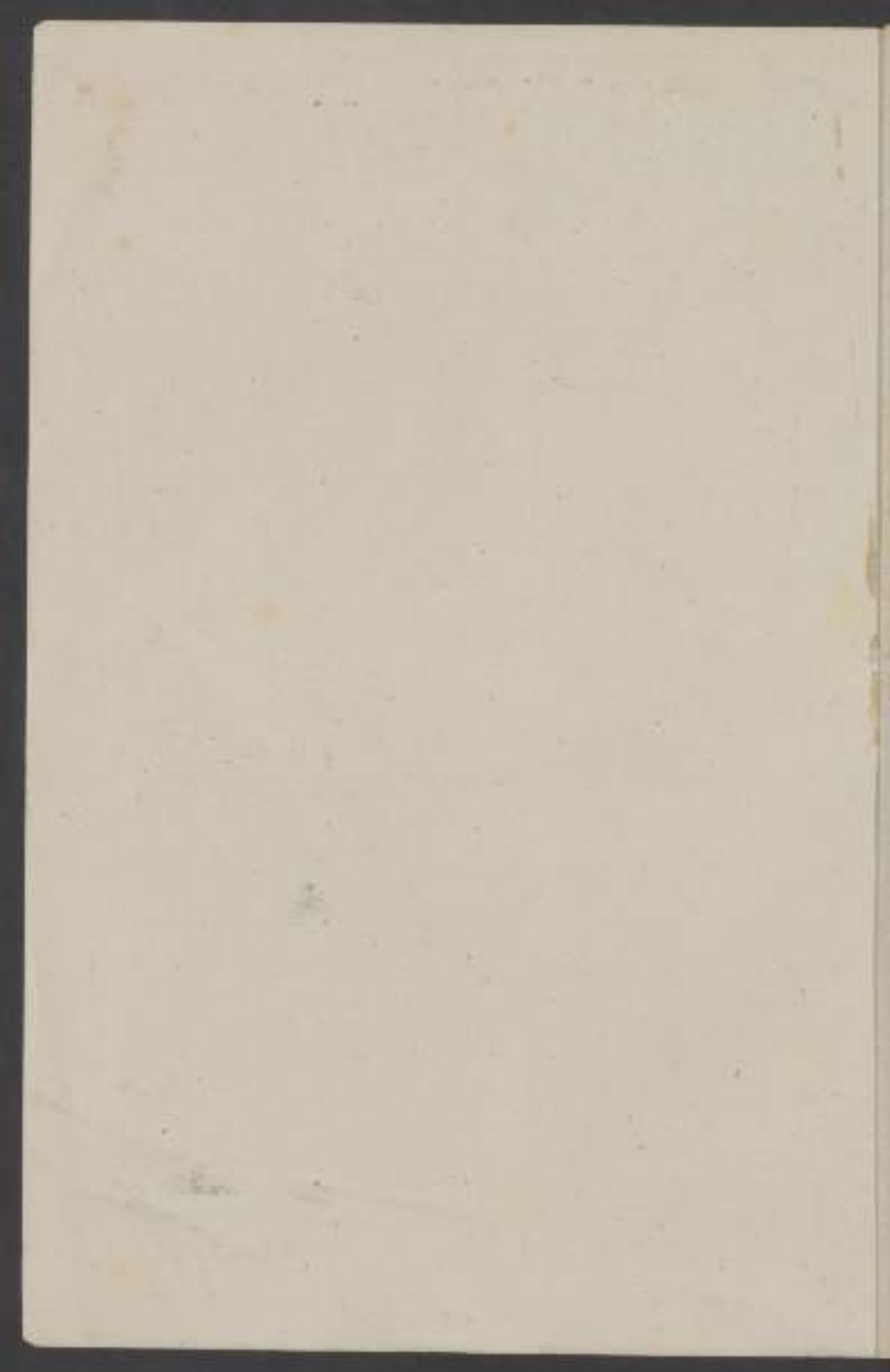


DAVID
BRUCE

RALPH
BELLAMY

EDWARD E.
HORTON

DIANA DURBIN





LA DAMA
DEL TREN

BOGOTÁ, 1911.

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD DE COLOMBIA

BOGOTÁ, 1911.

LA GAMA
DEL TIEMPO

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 334 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROMOTOR: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 789 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbón, 16, Barcelona - Torner, 4, Madrid

EDITORIAL
ALFA

AÑO XIX

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 337

NUM. 88

LA DAMA DEL TREN

En la afición a la lectura de novelas sensacionales se basa este film de misterio, donde la bellísima Diana Durbin se encuentra, sin querer, testigo de un odioso asesinato y se obstina en buscar al autor, cuya identidad es difícil descubrir. Son varios los que podrían tener interés en la desaparición del millonario Waring, y la aficionada a detective tiene que entenderse con un paranoico que asesina por el placer de matar, del cual la salva el original autor de novelas policíacas.

EXCLUSIVA



C. B. FILMS

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Nicki</i>	Diana Durbin
<i>Wayne Morgan</i>	David Bruce
<i>Señor Haskell</i>	Edward Everett Horton
<i>Arnold Waring</i>	Dan Duryea
<i>Jonathan Waring</i> . . .	Ralph Bellamy
<i>Margo</i>	Maria Palmer
<i>Tía Carlota</i>	Elizabeth Patterson
<i>Saunders</i>	George Coulouris
<i>Danny</i>	Allen Jenkins

Director:

Charles David

Narración literaria:

Marcos Estrada

LA DAMA DEL TREN

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

UNA VISION DE TERROR

COMO si la posesión de dinero infiltrara nerviosidad en quien lo posee a millones y contribuyera a que no se encontraran bien en ninguna parte, Nicki Collins, hija única del multimillonario del mismo nombre, residente en San Francisco de California, tuvo la gran idea de ir a pasar las Navidades a Nueva York, donde al mismo tiempo tendría ocasión de visitar a su tía.

El caprichito se consultó a papá y éste accedió al instante. Le mandó un cable al amigo Haskell, el viejo representante y hombre de confianza de H. G. Collins, en la urbe neoyorquina, encomendándole a su hija, a la que debería buscar alojamiento en

un buen hotel, acompañándola siempre sin perderla de vista, ya que Nicki era casi una niña.

Otro empleado se ocupó de procurar el billete y el departamento coche-cama para que Nicki pudiera viajar con toda comodidad, y dos días después, provista de su equipaje, subió en el expreso transcontinental que cinco días después entraba en agujas de la línea férrea elevada que llevaba al tren hasta la estación terminal Gran Central de Nueva York.

El convoy aminoró la marcha, y Nicki, absorta en la lectura de una novela policíaca, mascullaba las palabras que narraban la truculenta escena: «¡Le maté! Tenía que matarle. No había otro

remedio y poco a poco las palabras acudían a su cerebro. Con una frialdad terrible y certera, sabía que era la muerte que llegaba paso a paso acercándose a ella en mitad de la noche. De pronto volvió sus ojos sin querer hacia la ventana... El horror que ella esperaba ver...

La marcha del tren era muy lenta y Nicki levantó los ojos del libro e instintivamente miró a través de la ventanilla.

Fijó la mirada en la ventana de un edificio de tipo comercial y vió dentro de la habitación a un hombre joven, de espaldas, con una barra de hierro en las manos que descargaba sobre la cabeza de un anciano cuya cara pudo ver perfectamente.

Nicki quedó petrificada. Un pasajero llamó al mozo.

—Espere un momento, señor —repuso el mozo, y se acercó al departamento de Nicki—. ¿Le llevo las maletas, señorita?

—¿Maletas? —interrogó la joven viajera, horrorizada todavía por lo que acababa de presenciar.

—Estamos llegando, señorita. Estamos casi en la estación.

—¿Estación? —repitió Nicki con la mirada fija.

—¿Qué le ocurre, señorita?

—preguntó el mozo, contagiándose del terror que sentía Nicki.

—¡He presenciado un crimen!

—¿Un crimen? —preguntó el mozo asustado.

—¡Un crimen, ahí fuera!

Los dos se miraron sin saber qué partido tomar.

—¡Oiga, mozo! —gritó la voz hosta de un airado pasajero—. ¿Qué pasa con mis maletas?

—¿Maletas? —dijo el mozo.

—Sí. Estamos llegando a la estación —insistió el caballero.

—¿Estación?

—Oiga, ¿se ha convertido usted en eco?

—¡Hemos presenciado un crimen! —declaró el mozo asustado.

—¡Oh! —exclamó el viajero, sorprendido.

—En un edificio que hemos pasado hace un instante. Han asesinado a un hombre anciano —explicó Nicki.

—¡Con un cuchillo! —dijo el mozo.

—No, no; con una barra de hierro —dijo la joven—. ¡El revisor! Hay que encontrar al revisor.

Salió Nicki de su departamento a toda prisa en busca del revisor y se cruzó con él en el pasillo.

—¡ Señor revisor! —exclamó la joven al verle—. Si entramos en el túnel a las nueve y cuarto, más bien a las doce y cuarto, porque mi reloj va con el de San Francisco todavía, y los raíles hacen «click, click» cada dos segundos y medio... ¿Oye? «Click, click». ¿Oye como suena? Dos segundos y medio. Cada riel tiene veintiún pies de largo, o sea que a las nueve y once..., hora de San Francisco, si son las doce y cuarto aquí, a las doce y catorce... ¿dónde estábamos?

—Pues yo iba camino de mi departamento —contestó el revisor.

—¡ Oh! Pero..., pero usted no comprende lo que digo.

—¡ Gran Central! —exclamó una voz estentórea anunciando la llegada a Nueva York.

Por el andén se paseaba un caballero entrado en años con un clavel blanco en el ojal y un retrato de Nicki Collins.

—¡ Los pasajeros saldrán por el andén número 5! —exclamó la misma voz que había anunciado la llegada del tren.

El caballero se situó en posición para ver pasar a todos los que llegaban y observaba con

mucha atención a todas las señoras.

—No, no —decía el buen hombre—. Este adefesio, no. Debe venir en este tren, porque me han dicho que ya no llega otro de San Francisco.

Mientras tantos, iban pasando los viajeros y el señor que esperaba a la joven Collins no conseguía verla.

Al fin apareció una jovencita vestida con elegante sencillez que pasó distraídamente ante el que la esperaba; pero éste se hallaba absorto comentando solo aquella aventura.

—Me parecía que encontrar una persona era la cosa más fácil del mundo. Tendré que presentarme. Soy Haskell, de la oficina de Nueva York. Ella no me conoce, pero lo malo es que yo tampoco la conozco. ¡ Venir de San Francisco para pasar las Navidades en Nueva York! Esto es un favor que hago a su padre. Sí, somos muy amigos.

Nicki se dió cuenta del buen señor.

—Con permiso...

—Usted lo tiene —y al mirar a quién se le dirigía comprendió que era la hija de su amigo Collins.

Observó a la joven y luego al retrato. Estaba convencido de que al fin la había encontrado.

—¡Señorita Collins! Me telegrafió su padre... Soy Haskell, de la oficina de Nueva York, ¿Ve? ¡El clavel blanco! Era la contraseña.

—Mucho gusto —contestó Nicki dándole la mano.

—El gusto es mío. Su padre ha confiado en mí para que la cuide y no la pierda de vista, ya lo sabe usted... Gran persona H. G. Collins. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí; muchas gracias.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! He reservado unas habitaciones preciosas para usted en el Hotel Park Towers. Espero que quedará usted satisfecha.

—¿Cómo? —preguntó Nicki, que no había oído una sola palabra de las pronunciadas por Haskell.

—Decía... Decía que espero que quedará usted satisfecha.

—Sí, sí; está muy bien... señor...

—Haskell, piense en la oficina de Nueva York.

Esta original pareja se encontraba ya en la calle y se acercó a ellos un taxi.

—Señorita Collins —dijo Has-

kell—, debe usted telefonar a su tía que ya ha llegado. ¡Tomemos este taxi inmediatamente!

Subieron Nicki y Haskell.

—Chofer —dijo la joven—, lléveme a la Comisaría.

—Al hotel Park Towers —dijo Haskell.

—¡Oh! ¡Mi radio! —exclamó Nicki examinando el equipaje que traía y aparentando que notaba la falta de la radio.

—¿La qué? —preguntó Haskell.

—La radio.

—¡Oh! —dijo Haskell apeándose para coger una radio que estaba en la acera.

Nicki aprovechó el momento de encontrarse sola y dijo al chofer:

—¡Parta inmediatamente!

—¡Taxi! ¡Taxi! —gritó Haskell al verlo partir—. ¡La radio!

Una señora se acercó al que intentaba coger aquel aparato receptor.

—¡Oh! —exclamó Haskell airado—. Esta radio pertenece a la señorita Collins —y no se la dejó arrebatarse, pero salió con un ojo morado.

El taxi estaba ya a regular distancia y el chofer preguntó:

—¿Vamos al hotel?

—No, no, no; lléveme a la Comisaría.

—Como usted quiera, señorita; pero le advierto que el Park Towers tiene mejores habitaciones.

Poco después paró el taxi en la comisaría de policía, y Nicki penetró en las oficinas, donde encontró a un número que estaba arreglando un arbolito de Navidad encima de una mesa.

—Vengo a dar cuenta de un crimen.

—¡Bueno! —dijo el hombre, molesto porque iban a interrumpir su labor—. ¿No podría usted volver mañana? Hoy no estoy de servicio.

—No comprende usted de lo que se trata. Vengo a dar cuenta de un crimen. Lo acabo de presenciar.

—Vuelva mañana.

—Debe escucharme. Acabo de ver cómo han cometido un crimen y si no quiere usted dar cuenta de ello... yo daré cuenta de usted.

La joven hablaba tan decidida que acabó por impresionar al policía.

—Espere un momento... Avisaré al inspector William.

El policía se acercó al teléfono.

—Comuníqueme con el inspector William, homicidios.

Mientras esperaba que atendieran la llamada, el policía vió que Nicki miraba el árbol de Navidad.

—Todavía tengo que colocar muchas bolitas. ¡Ah! ¡Hola, inspector! Habla Breunen, aquí hay una señorita que dice que ha presenciado un crimen.

Desde el otro extremo de la línea el inspector dijo:

—Pregúntele quién es la víctima.

—Ahora se la preguntaré. Señorita, ¿a quién han matado?

—No lo sé; no le conozco.

—Dice que no sabe su nombre.

—Pregúntele dónde tuvo lugar el asesinato.

—¿Dónde fué cometido el crimen, señorita?

—Enfrente de mi ventana.

—Dice que enfrente de su ventana.

—Pregúntele dónde vive.

—Es verdad, inspector; tiene usted razón. ¿Dónde vive usted, señorita?

—En San Francisco de California.

—¿En San Francisco de California? No se moleste, inspector; más tarde ya le llamaré.

El policía creyó que aquella jo-

ven estaba chiflada. La miró de arriba abajo y dijo con desprecio:

—Oiga, señorita. En Nueva York, a estas horas de la noche, se cometen muchos crímenes... ¿Por qué tenemos que preocuparnos de los que tienen lugar en San Francisco?

Nicki no salía de su asombro ante la pasividad de la policía neoyorquina.

—¡Pero este crimen no se ha cometido en San Francisco! Se ha cometido aquí. Lo vi desde el tren, por la ventanilla. Había dos hombres en la habitación. Uno era joven, estaba de espaldas y empuñaba una barra de hierro. El otro era viejo y llevaba una gabardina... y... zapatillas. El joven alzó la barra de hierro sobre el viejo..., así. ¡Créame, podría identificar el cadáver!

El policía se dio cuenta del libro que Nicki llevaba en la mano.

—«El caso de la novia decapitada.» ¡Ya comprendo! ¿Es muy

interesante? ¿No? ¿Hay crímenes?

—Sí, sí; mueren veinte —explicó Nicki, olvidándose por un momento del asunto que la había llevado a la Comisaría.

—Muy bonito... ¿No hay un personaje que vaya a parar a la cárcel por fantástico?

—¿Por qué?

—Por fantástico. ¿Por inventar un crimen y dar cuenta de él a la policía? ¡Salga de aquí inmediatamente!

—Pero...

—Si sueña otra vez con crímenes misteriosos, visite al autor de esta novela, yo tengo otros que hacer.

—Ya encontraré yo quien quiera escucharme —dijo Nicki indignada, y cogiendo una de las bolitas destinadas al árbol de Navidad la arrojó al suelo al tiempo que decía —¡Esta bolita no la colgará usted!

CONFERENCIA CON SAN FRANCISCO

HASKELL había ido inmediatamente al hotel donde esperaba encontrar a Nicki, pero sus ilusiones no fueron más que ilusiones. La joven no estaba allí. Era indispensable dar cuenta a su padre de lo que había ocurrido. La responsabilidad era demasiada para el pobre amigo de H. G. Collins. Sin vacilar un instante pidió conferencia con San Francisco de California y al cabo de una bonita espera se oyó el timbre del teléfono.

Era muy difícil hallar palabras para explicar a H. G. que su hija había desaparecido; pero cuando, al fin, hubo comunicado la fatal

noticia, la voz del millonario del Pacífico subió de tono.

—Pero, señor mío —explicaba Haskell—, yo le aseguro que... No dude de que le digo la verdad. Es absolutamente cierto. Fui a recibirla a la estación. La encontré, volví la espalda un momento y ya había desaparecido. Se esfumó en el aire...

Nicki penetraba en la habitación entre satisfecha e intrigada por el asunto que la traía de cabeza. Haskell se dió cuenta de su llegada.

—Creo que ahora está aquí, H. G., ya ha llegado. Hable con su padre en San Francisco... está furioso.

La joven cogió el aparato de manos de su azorado guardián.

—¿Qué le pasó? —preguntó inocentemente a Haskell.

—Pues fui por su radio.

—¿Mi radio? Papáito, encantado, tienes la voz muy ronca... ¿Has discutido con alguien? ¿Verdad? ¿Te ha disgustado tu amigo Haskell?

—¡Yo, pobre de mí? —exclamó Haskell.

—No, no, si no me perdió. Es que yo me escapé porque era necesario. Estaba robando una radio... No te preocupes por mí. Te prometo acostarme temprano, no hablar con ningún joven y llamar a mi tía mañana por la mañana. ¡No sabes cuánto te quiero, papáito! ¡Adiós!

—Señorita Collins, ¿ha tenido usted valor para decir que yo..., Haskell, de la oficina de Nueva York, estaba robando una radio?

—¿Y no es cierto?

—Señorita Collins, cuando usted ha dicho: «¡Ay, mi radio!», yo la dejé y usted sabe perfectamente que iba a...

—¡Oh, pobrecito! ¡Qué ojo! —dijo Nicki, observando que su viejo amigo tenía un ojo morado.

—¡No es nada!

—Debe dolerle mucho.

—¡Es un dolor de agonía! ¡De agonía!

—Pues tenemos que procurar que baje la inflamación. Ya sé. Una cosa fría. Sujete este frasco contra el ojo unos minutos y se encontrará mucho mejor.

—No sé qué hacer. ¿Este cacharro?

—Sí, sí; este cacharro.

—¡Oh, qué fresquito!

—Claro que sí.

—Me alivia mucho.

—¿Lo ve usted? Por favor, búsqueme el número del teléfono del señor Morgan, Wayne Morgan.

—¿El autor de las novelas policíacas? ¿Es amigo de usted?

—Le diré... Tiene que ayudarme. Se trata de un crimen. He de ponerme en contacto con él.

—¡Valiente historia! Perdón, señorita. Su padre nos contó en la oficina, cuando estuvo aquí la forma en que usted descubrió un espía en San Francisco.

—Claro, no sé por qué tenía que estar siempre rondando el puente.

—¿Y usted le mandó detener?

—¡Naturalmente! Tenía los dientes amarillos..., más feos.

—A pesar de los dientes amarillos, el pobre hombre resultó ser

de la policía secreta. Por favor, no llame a nadie. No le permito que se ponga en contacto con ese escritor de truculencias.

Nicki obedeció con reservas mentales, resuelta, más tarde o más temprano, interesar a Wayne Morgan en el asunto del misterioso asesinato.

Era Wayne Morgan un literato de asuntos detectivescos y crímenes misteriosos que se había puesto de moda. Sus novelas eran muy solicitadas y, siguiendo el estilo de Edgar Wallace, en tres días dictaba una novela a su secretaria.

Una agradable mañana, tres días después de haber llegado Nicki a Nueva York, Wayne Morgan estaba ocupado dictando a la señorita Fletcher una de sus novelas de misterio. El escritor paseaba arriba y abajo de la estancia.

—«Roger, con su cerebro privilegiado, encontró salida. No podía el conde Chuchini imaginar que aquel arma que Roger apretaba contra su espalda era sólo»...

—Una pipa —dijo la señorita Fletcher.

—¿Una pipa? ¿Cómo lo sabía?

—Señor Morgan, esto sale en todas sus novelas.

—No me importa. Siga... «Roger sonrió. Era un hombre guapo y además muy valiente.»

—¿Guapo? —interrogó la secretaria.

—Mucho. «Con unos ojos profundos, azules..., hermosa dentadura y un mentón saliente que demostraba fuerza y determinación.» ¿No?

—No —contestó la taquígrafa.

—Siga... «Su mentón, aunque de aspecto fino y suave, representaba más fuerza y determinación de la que se atribuye a los perros «bull-dogs». Cuando Roger se volvió»...

Maxwell, el criado negro del escritor, penetró en la habitación.

—Usted perdona, señor...

—¿Qué ocurre? —preguntó Morgan malhumorado.

—Hay una señorita esperando. La misma que viene intentando verle hace dos días.

—Pues ahora no puedo recibirla. «Cuando Roger se volvió, la puerta del gabinete se abrió lentamente. ¡Sonó un disparo! Luego..., ruido de cristales... Roger se inclinó.»

Tal vez para acentuar más la intensidad de sus palabras, Way-

ne se echó al suelo y continuó dictando. Nicki apareció en la puerta.

—Siga... «¡Sangre! Cayó rodando al suelo.»

—¿Muerto?

—No, herido. «Roger se incorporó penosamente. Necesitaba amparo. ¡Ya está, el teléfono! A pesar del dolor, Roger fué arrastrándose por el suelo. El teléfono. Debía llegar al teléfono.»

Viendo Nicki que nadie le hacía caso, decidió toser un poco y penetrar decididamente en la habitación.

—Me llamo Nicki Collina.

—Tanto gusto —repuso el literato haciéndole poco caso—. ¿Dónde estaba?

—Le habían disparado en el gabinete —aclaró la secretaria.

—¡Ah, sí! «Luego en el hospital, Roger»...

—Señor Morgan, usted tiene que ayudarme..., tiene que ayudarme. Se trata de un crimen.

—«Luego, en el hospital, Roger»... ¿Un crimen ha dicho?

—Sí, ocurrió hace dos días en el tren —explicó Nicki.

—¡Bravo! —exclamó Morgan, pensando solamente en la trama de su novela.

—Estaba nevando —continuó Nicki.

—Muy bonito —dijo Morgan.

—Yo miré por la ventanilla y vi cómo asesinaban a un hombre.

—No diga...

—Sí.

—No... Miró por la ventana y vió un hombre muerto. Lo otro ya está muy gastado.

—Pero..., si no se trata de una novela. Es verdad.

—Y en vez de un hombre ponga usted una mujer. Una vida mísera... ¿Qué es verdad?

—Sí, señor Morgan, y usted que entiende tanto de crímenes... ¿si quisiera ayudarme?

—Acuda a la policía, señorita.

Una elegante señorita entró en la habitación. Era Joyce, la novia del escritor.

—Pero la policía...

—La policía. Vámonos a seguir. «Luego, en el hospital, Roger tenía un sólo pensamiento. Volver de nuevo al lugar del crimen».

—Esto es —dijo Nicki entusiasmada.

—¿Qué es esto? —preguntó el escritor.

—El lugar del crimen. Tengo que localizar el lugar del crimen. Ya sabía yo que usted podía ayudarme, pero hay que trabajar muy

aprisa, antes de que se entere mi padre.

El literato se dió cuenta de que había entrado su novia.

—¡Joyce! Te llamé por teléfono esta mañana.

—¿Quién es ésa? —preguntó Joyce nerviosa—. ¿Quién es ésa?

—Una muchacha que veo por primera vez en mi vida. Copie eso.

—¿Que lo rompa? —preguntó la secretaria.

—Que lo copie. Creemas, Joyce, en mi vida había visto a esa muchacha.

Nicki había abandonado la estancia de Morgan en vista de que no le había hecho gran caso y especialmente por la actitud de Joyce. Pero ya tenía una pista que seguir y se dirigió a la vía férrea. Aquel edificio debía estar muy cerca de Nueva York porque habían tardado pocos minutos en llegar.

Muy decidida llegó a la vía del tren y con mirada escrutadora observaba todos los edificios lindantes en busca de aquella fatídica ventana.

Una vagoneta de la compañía recorría la vía. Uno de los obreros se dió cuenta de la joven.

—¡Fijaos! ¡Qué cosa tan rara! Una mujer. ¿No quiere subir?

—Gracias—contestó Nicki.

—¿Busca usted algo, señorita?

—Una habitación.

—Tengo una de sobra en mi casa —dijo uno de los obreros.

—La habitación que yo busco tiene un muerto dentro.

—Usted perdona, señorita.

Era inútil buscar. Aunque el tren no iba a toda marcha, tal vez aquel edificio estaba a varios kilómetros de la ciudad, y Nicki se dió por vencida. Regresó a casa de Morgan con la esperanza de interesarle en el asunto que tan preocupada la tenía.

Al llegar frente al edificio en que vivía el literato, vió a éste y a su novia que subían a un taxi. Corrió para alcanzarles, pero llegó tarde. El coche de su perseguido ya se había puesto en marcha. La joven llamó un taxi y montó en él.

—Haga el favor, siga a aquel taxi.

Paró el vehículo en que iban Morgan y su novia ante un cine de actualidades y entraron dentro del local, situándose en una fila de butacas en mitad de la sala.

—Ves —dijo Joyce—, ya han empezado.

En la pantalla apareció la bella figura de Joyce Williams y la voz del narrador se dejó oír:

—Y, ¿a quién vemos ahora aumentando con sus encantos la belleza de nuestro desfile? A la hermosa Joyce Williams. «Mis Café» del año pasado resuelve los problemas de la moda de la manera más sencilla. No se extrañen que nuestra señorita Williams sonría de una manera tan encantadora. ¿Qué mujer no sonreiría igual llevando una creación del gran modisto André Pañol, el mago de la moda? Todas las mujeres sueñan con sus modelos. La marioneta principal tira de los hilos y otras nuevas vienen a sustituirlas. Este conjunto cambia continuamente, según la necesidad del momento. Vean, ese jersey de suave lana de angora, con esa deliciosa luz de agua marina. Es la exhibición de modelos más hermosa que se ha realizado.

Nicki, que había seguido a Morgan y a su novia dentro del cine, estaba decidida a hablar con él.

—¡Chist! —dijo en voz baja, pero demasiado alta para un cine—. ¡Señor Morgan! Perdone, señor Morgan, tengo que hablar con usted...

—¡Silencio! —dijo una señora.

—Usted perdone —suplicó Nicki.

—¡Qué pesada! —dijo otro espectador.

Cambió de fila Nicki pasando a una más cerca de donde se hallaba Morgan y se sentó.

—Te pregunto ¿quién es esa chica? —dijo Joyce.

—Señor Morgan...

—¡Silencio! —dijo uno del público.

—¿Quién es? —insistió Joyce.

—No lo sé, hija.

—Bueno, pregúntale qué quiere —insinuó Joyce.

—¿Qué desea usted? —interrogó Morgan, dirigiéndose a Nicki.

—Que no lo encuentro.

—¿Qué es lo que no encuentra?

—El lugar del crimen.

—¡Cállense!

—Déjeme en paz, señorita —dijo Morgan.

—Usted prometió ayudarme —insistió Nicki.

—No le dije que pensaba ayudarle de ninguna manera; le ruego que se marche.

—Señorita, márchese —dijo una señora del público.

L A D A M A D E L T R È N

—Me marchó —dijo Nicki—. Ya nos veremos mañana.

—¿Qué? —preguntó el escritor.

—Que ya nos veremos mañana.

Salió al pasillo Nicki y al llegar al fondo de la sala dió media vuelta y miró a la pantalla. El narrador habló:

«—Nuestro país está de duelo esta semana a causa de la prematura muerte de Josiah Waring, magnate de negocios navieros. Aquí le vemos en su última aparición en público. Josiah Waring, que de trabajador llegó a ser jefe de un gran imperio industrial, terminó su vida trágicamente al caer de una escalera en su finca de Long Island. Aquí presencia la botadura de uno de los muchos barcos construidos en los Astilleros Waring. Buques de pasaje, de guerra, de cabotaje, buques tanques... de todas clases y tonelajes, gracias a su esfuerzo y talento; ha sido una gran pérdida para el país.

—Señor Morgan..., ¡ése es el hombre! —gritó Nicki corriendo de nuevo adonde estaba el escritor y molestando a todo el público.

—Silencio, por favor —pidieron varios a la vez.

—¡Ese es el hombre! —insistía Nicki.

—¡Síntese! —dijo un espectador iracundo.

—Señor Morgan, ése es el hombre que vi matar desde el tren.

—¡Imposible! Josiah Waring murió en Long Island.

—Debieron llevar el cadáver allí.

—Lo explicó toda la prensa. Estaba arreglando el árbol de Navidad y se cayó de la escalera.

—Pudieron matarle de un golpe. Tenemos que investigar —insistió Nicki.

—¡A callar! —gritó el público.

—¡Eato ya es demasiado! —exclamó Joyce, que había soportado en silencio toda la conversación.

Se levantó Joyce y salió al pasillo dispuesta a abandonar el local.

Morgan salió tras ella y Nicki se disponía a seguirles cuando vió que en la pantalla aparecía algo más relacionado con Josiah Waring.

—Señor Morgan —dijo Nicki—, espera un poco.

—Esta era su casa de Long Island —explicó el narrador— «Los sauces». Es la única vista que existe de esta magnífica posesión. Tras esa verja, apartado por completo del mundo..., Josiah Waring...

Joyce y Morgan, en la calle ya, seguían discutiendo.

—Te aseguro que no conozco a esa muchacha, créeme.

Era inútil intentar convencer a Joyce. La joven desconocida le había echado a perder el paseo de la tarde y la función por la noche, y Morgan tendría que darle una explicación que la satisficiera; de lo contrario..., rompería con su novio.

LA DAMA DEL TREN

EN LA FINCA DEL MILLONARIO

PUESTO que nadie quería ayudar a Nicki a descubrir al asesino del millonario Josiah Waring, pues no le cabía la menor duda de que aquel que había visto en la pantalla del cine era el mismo que vió caer muerto a consecuencia del golpe que con una barra de hierro le descargó un joven desconocido, Nicki decidió marchar a «Los Sauces», y allí, en la finca del millonario, hacer las necesarias averiguaciones para descubrir al culpable del vil asesinato que hasta aquel momento había logrado evadir la justicia.

En el jardín de «Los Sauces» había dos enormes perros encargados de vigilar. Cuando Nicki llegó a la verja la recibieron con

los más feroces ladridos. Para salvarse de sus colmillos subió a un enrejado de madera y desde allí les dedicó unas caricias verbales con las que logró calmar sus iras.

—¡Qué ricura de perritos!
¡Sois dos encantos!

Arnold Waring, uno de los sobrinos del difunto, salió al jardín donde se hallaba también Danny, el chofer de un amigo de la casa, hombre menudito y especial.

—Buenas noches, señor Waring — dijo el chofer.

—¿Qué les pasa a los perros?
— preguntó Arnold.

—No lo sé; ladraban enfurecidos.

—«Duke», «Spike» — llamó Arnold.

Los dos animales se acercaron cariñosos hacia él. Nicki saltó de su escondrijo y fué vista por Arnold.

—«Duke», «Spike»; venid, venid...; así me gusta.

—Bonita manera de recibir a las visitas — dijo Nicki.

—Ladran por ladrar. Les gustan las chicas guapas. Sus padres debieron ser medio lobos. Perdóname, señorita, ¿cómo llegó usted hasta aquí?

—Difícilmente... Estos perros son fieras, muy peligrosos, nadie me advirtió que había perros cuando entré... por allí. Además...

—Adivino quién es usted — dijo Arnold mirando a Nicki.

—¿Lo adivina?

—Usted es Margo Martín. ¿He acertado? Canta usted en el Circo Club, ¿verdad? Usted ha venido aquí esta noche para estar presente a la lectura del testamento de mi tío Josiah, porque supone que le corresponderá parte de su fortuna, ¿no? ¿Está preocupada, señorita Martín?

—Sí, por los perros.

—¡Danny! Llama a los perros y átalos.

El chofer hizo lo que le mandaron, sujetando los dos perros. Arnold y Nicki se dirigieron hacia la casa.

—¿Ha visto usted? No hacen nada.

Nicki se había dado cuenta de la confusión de Arnold y pensó sacar partido de las circunstancias, si bien no sabía quién era la señorita Martín ni por qué ésta pensaba heredar al viejo Waring.

—Debería estar acostumbrada a los animales... por el Circo — dijo Nicki por decir algo.

—¿Tienen animales allí? — preguntó Arnold sorprendido.

—Sí, claro...

—Pero, ¿no es un cabaret?

—¡Ah! — dijo Nicki orientándose un poco acerca de lo que era el Club Circo —, Sí, sí, claro, pero el «maitre» tiene un pekinés.

—Guarda los perros en la perrera — dijo Arnold al chofer — y no los dejes sueltos otra vez, de lo contrario...

—Pero si no estaban sueltos, señor Waring; me extrañó oírlos ladrar en el jardín.

Arnold y Nicki penetraron en la casa.

—No está muy acogedor este hogar — dijo Arnold.

—Hace falta una mano femenina — dijo la joven.

—A propósito: debo presentarme. Soy Arnold.

—¿Arnold?

—Arnold Waring, sobrino del viejo Josiah Waring.

—¡Ah, sí! Debí suponerlo.

—¿Por qué No nos habíamos visto nunca.

De la escalera central bajó un caballero con un gatito blanco de Angora en los brazos.

—Sí, es verdad que no nos conocemos, pero debí comprender que usted era Arnold.

El hombre del gato pasó muy cerca de donde estaba Nicki y chocó ligeramente con ella.

—Perdone, señorita — dijo sin mirarla.

—¿No se quita usted el abrigo? — preguntó Arnold —. No, es mejor que no se lo quite; esto parece una tumba.

Arnold llamó a la puerta de la habitación donde se adivinaba que había gente reunida y entraron.

—Señores — dijo Arnold —, ya está aquí la señorita Margo Martín.

—¿Es posible? — murmuró en voz baja tía Carlota.

El abogado se disponía a leer el testamento. Nicki, dueña de la situación, saludó a todos en general.

—¿Cómo están ustedes?

—Aquí nadie la mordeará, señorita Martín — dijo Arnold —, no creo que nadie tenga la dentadura tan fuerte. No tema nada.

—¡Siéntese, señorita Martín! — dijo el abogado —. ¿Qué escándalo! — añadió en voz baja.

Jonathan, el otro sobrino de Waring, hermano de Arnold, se acercó a Nicki.

—Señorita Martín...

—Puesto que ya estamos todos reunidos, dijo el abogado, procederé a la lectura del testamento, y al heredero o herederos doy por consiguiente cuenta...

—Me asombra el acierto de mi tío... — dijo Jonathan.

—¿Por qué? — preguntó Nicki.

—No es usted como yo creía.

—¿De veras?

—Mi tío tenía muy mal gusto... y usted es encantadora.

—Gracias.

Tía Carlota, hermana del difunto, no pudo contener una tosa de mal humor.

—Ahora, mi tía Carlota, dirá: Jonathan, dijo éste a Nicki, y no se equivocó.

—¡Jonathan! Le ruego que continúe, señor Wigam.

—A mi querido sobrino Arnold Waring, en justa reciprocidad a sus cariños y atenciones, le dejo la elevada suma de un dólar..., y a mi otro querido sobrino Jonathan Waring, que no esperaba nada de mí en vida, el equivalente a nada... un dólar.

El semblante de los dos que un día se creyeron herederos del viejo Josiah era desolador. Nicki paseaba la mirada de uno a otro.

—¿Le desilusiona mucho? — preguntó a Jonathan.

—Al contrario. En una ocasión me amenazó con desheredarme del todo.

Tía Carlota tosió acentuadamente. El abogado continuó la lectura.

—El resto de mi fortuna, o sea, mis propiedades, incluyendo tres mil acciones comerciales, libres de toda carga e interés, de Industrias Waring, Sociedad Anónima...

El extraordinario personaje que llevaba en brazos al gatito blanco estaba escuchando junto a la puerta de la biblioteca y al llegar el abogado al momento culminante de la lectura, penetró en la sala seguido del chofer Danny.

—Además de las fincas de recreo y tierras de labranza...

—¡Danny! — dijo el hombre del gato en voz baja.

—¿Sabe ya el amo que queda desheredado y a quién va la fortuna? — preguntó el chofer muy bajito.

—Naturalmente — contestó el hombre del gato.

—Incluyendo también la propiedad de la calle 52 de Nueva York — continuó diciendo el abogado —, en la cual existe un local de espectáculos y restaurante conocido generalmente por Circo Club, donde he pasado ratos muy agradables..., lo dejo a mi buena amiga la señorita Margo Martín.

—¡Yo..., yo! — murmuró Nicki sin saber qué decir.

Tía Carlota no quiso oír una palabra más y levantándose muy decidida se acercó a Nicki y le dió un solemne bofetón.

—¡Pero, tía Carlota! ¡Abofetear a mi pariente rica! ¡A la encantadora novia de tío Josiah! — dijo Arnold con cierto irónico despecho.

—Jovencita, ¿desde cuándo conocía usted al señor Waring? — preguntó tía Carlota.

—¡Por favor, tía! Harás llorar a Margo.

Fué una idea feliz esta de Jonathan y Nicki se puso a llorar.

—Hágase cargo, señorita, y perdone a mi tía — insistió Jonathan.

—Quisiera estar sola un momento — dijo Nicki levantándose para salir de la habitación.

Jonathan se levantó también, dispuesto a acompañarla.

—¡Jonathan! ¡Vuelve aquí inmediatamente! — gritó la exasperada señora.

Nicki continuaba llorando amargamente.

—Tía, me sorprende esto en ti, creo que debes dominar tus nervios — dijo Arnold.

—Señor Wigam, continúe — dijo la señora.

—También a mis criados Tony, Gregory, Ana y Josie, les dejo la cantidad de quinientos dólares...

La situación era un poco desagradable para Nicki y salió de la habitación. Una vez en el vestíbulo, quiso subir al piso superior. Puesto que el señor Waring había nombrado heredera a Margo Martín y en aquel instante todos creían que ella era Margo, pensó que era el momento de registrar la casa en busca de alguna pista para descubrir cómo había muerto el viejo millonario.

Había dos personas en la casa que sabían perfectamente que aquella joven no era Margo Martín. Una era el chofer Danny y la otra el hombre del gato, el señor Saunders, el que regentaba el Circo Club, y, por consiguiente, le constaba que aquella jovencita rubia y hermosa era una impostora. Pero, de momento, no le convenía demostrar a nadie que poseía aquel secreto, y con una mirada de inteligencia a Danny le hizo salir detrás de Nicki para que fuera adónde se dirigía.

Cuando se encontró en el primer piso penetró en una habitación, luego en otra, y le pareció que oía pasos. Se escondió bajo la funda de un butacón mientras Danny pasaba sin verla. Luego abrió un armario y cayeron unas zapatillas, de pie muy grande, manchadas de sangre.

El señor Saunders, a quien no interesaba que Nicki anduviera por el piso superior, iba a abandonar la biblioteca, pero le llamó el abogado.

—No se marche, señor Saunders — dijo Wigam —; todavía falta leer algo... Es también mi voluntad que la finca denominada «Los Sauces», con una extensión de seiscientas áreas de terre-

no, pase a ser propiedad de la antes citada Margo Martín...

Nicki miraba aquellas zapatillas horrorizada. Ella las había visto en los pies de aquel hombre a quien descargaron un golpe en la cabeza con una barra de hierro.

—¡Sangre!—murmuró en voz baja.

Danny había bajado de nuevo para dar un parte a Saunders.

—Esa joven lo está revisando todo — dijo Danny.

—Sí, ya me he dado cuenta. Ha estado en la habitación del viejo. Si alguien te pregunta por ella di que se ha marchado. Voy a buscarla yo.

Oyó la joven pasos de alguien que subía la escalera y cogiendo las zapatillas las arrojó por la ventana yendo a caer sobre la capota del coche de Arnold.

Saunders entró en la habitación en busca de Nicki, pero ésta se escondió detrás de la puerta. De momento no se dió cuenta de su presencia, pero al dar la vuelta, los dos se encontraron cara a cara. Saunders intentó coger a Nicki para sacarla de allí, pero en aquel instante se oyó la voz del abogado.

—¡Señor Saunders! ¡Señor Saunders! — gritaba Wigam.

—¿Dónde están las zapatillas?

—preguntó Saunders con cara amenazadora.

—Me parece que le llaman, señor Saunders.

—¿Pregunto dónde están las zapatillas?

—Le he dicho que le llaman. Saunders es su nombre, ¿verdad? Pues parece que le buscan... y creo que usted debería responder. ¡El señor Saunders está aquí arriba! — gritó Nicki con todas sus fuerzas.

El hombre del gato varió de actitud y soltando el brazo de Nicki empezó a bajar las escaleras pausadamente.

—¡Señor Saunders! ¿Dónde diablos se ha metido? — preguntó Wigam.

La presencia de Saunders en «Los Sauces» tenía su explicación. Como regente del Circo Club, tan frecuentado por el viejo Waring, Saunders se había convertido en una especie de hombre de confianza del millonario, y por esto había sido invitado a la lectura del testamento, cosa inútil, ya que él sabía su contenido de antemano por haberlo inspirado, en parte, al viejo ricacho.

En el vestíbulo de la casa se reunieron tía Carlota, Arnold y Jonathan. En la escalera apareció Nicki.

—Jonathan, abrígate bien; ya sabes lo propenso que eres a los resfriados — dijo la enlutada tía Carlota.

—Sí, tía; dame un beso.

La señora besó al sobrino menor cariñosamente.

—¿A mí no me das un beso? — preguntó Arnold.

Para salir del compromiso, tía Carlota besó al sobrino mayor con indiferencia.

—Nadie me quiere a mí — murmuró Arnold —; tal vez el más simpático de los dos sobrinos.

Estaban ya todos dispuestos para marchar, pues ni la tía ni los sobrinos habitaban «Los Sauces», cuando tía Carlota, dirigiéndose al abogado, dijo:

—Señor Wigam, haga el favor de informar a esa mujer..., de que esta casa, que ha sido de mi hermano desde hace muchos años, no pasará a ser suya hasta dentro de unos días.

—Vamos, tía Carlota — dijo Arnold —; hay quien entrega los regalos por la víspera; y dirigiéndose a Nicki, preguntó: ¿Quiere que le acompañe a Nueva York, señorita?

—Sí; se lo agradeceré — contestó la joven pensando en aquel

par de zapatillas que descansaban en la capota del coche.

—Señor Saunders, ¿me permite un momento? — dijo el abogado —. Quisiera hablar de las acciones del Circo Club.

—Sí, están en la caja fuerte.

—¿Dónde? — preguntó Wigam.

—En la caja fuerte del Club. Mañana se las mandaré a su despacho — dijo Saunders un poco confuso.

Había nevado copiosamente y el jardín de «Los Sauces» no presentaba un aspecto muy agradable. Los coches de los que habían ido allí con la esperanza de heredar una cuantiosa fortuna esperaban la salida de sus dueños.

Tía Carlota subió en el coche de Jonathan. Mientras tanto, Nicki esperaba en el pórtico a que Arnol llegara con el suyo; estaba muy nerviosa. Temía que cayeran las zapatillas que había depositado fortuitamente sobre la capota del vehículo, con lo que perdería la única pista que poseía sobre el misterioso crimen.

—¿Ha olvidado usted algo? — preguntó Jonathan a Nicki.

—Sí, no...

—¿Quiere venir en nuestro coche? — ofreció el joven.

—Muchas gracias, pues su hermano se adelantó.

—Iría mucho más segura conmigo.

—Los dos son muy caballeros.

—Mi hermano es un cabeza loca. Apuesto cualquier cosa que mi dólar de herencia durará mucho más que el suyo. Le gusta el vino, las mujeres, la música.

—Mal negocio, ¿verdad?

—Señorita Martín — dijo Jonathan en tono suplicante —, ¿podría volver a verla algún día?

—No sé...

—Sí...; sea amable.

—¡Jonathan! — gritó tía Carola desde su coche.

—Debo marcharme — dijo el joven algo compungido —. ¡Adiós!

—Adiós, y felices Pascuas; estamos en la estación navideña — dijo Nicki.

—Es verdad: gracias, y felices Pascuas.

Jonathan se sentó al volante del coche donde le aguardaban su tía y el abogado, partiendo velozmente hacia Nueva York.

Danny, el chofer, se acercó a Nicki.

—No, no...

—¡Danny! — gritó Saunders desde el interior de la casa.

En aquel momento apareció Arnold conduciendo su coche, y Nicki subió a la parte posterior, donde tuvo ocasión de esconder las zapatillas.

—Estoy muy satisfecha de haberles conocido a todos — dijo Nicki.

—Venga a sentarse a mi lado, señorita Martín.

No tuvo más remedio que cambiar de sitio y dejar las zapatillas en el asiento posterior.

—Parece que ya no nieva — dijo Nicki por decir algo.

Cuando hubieron desaparecido los dos coches, Saunders y Danny, de pie en el pórtico, cambiaron impresiones.

—Ella ha conseguido apoderarse de las zapatillas — dijo Saunders.

—¿Si ve las manchas... y descubre algo? — preguntó Danny.

—Tú debes recuperar esas zapatillas, Danny.

—Claro que sí.

—Trae mi auto y marcharemos inmediatamente. No están muy lejos y podemos seguir el coche de Arnold.

La carrera no fué muy larga, y Arnold paró ante la puerta del hotel Park Towers, donde se hospedaba Nicki. La joven se apeó

y con cierto disimulo abrió la p...
tezuela de la parte posterior para
coger las zapatillas, cosa que lo-
gró sin que su acompañante se
diera cuenta.

—Señor Waring, muy agrade-
cida. Adiós.

—Ya tendremos ocasión de
volvernos a ver...

—¿Usted cree?

—Desde luego, señorita Mar-
tín.

—Pues entonces, hasta pron-
to... ¿Hasta cuándo?

—Tal vez pase yo por el Circo
Club para oírla cantar.

—Esto es lo que iba a pedirle
yo. Pase por el Circo Club, y has-
ta pronto.

—Sí, sí; iré a oírla.

SOBRE LA MISTERIOSA PISTA

LA ausencia de Nicki desde hacía varias horas tenía al pobre señor Haskell, de la oficina de Nueva York, completamente desorientado. Había hecho toda clase de indagaciones y nadie sabía darle razón de su forastera. Temiendo que no hubiese sido víctima de algún accidente, o tal vez de un secuestro, decidió llamar a la policía, utilizando el teléfono del hotel.

—Señor Inspector, debe usted buscar una solución. No hay más remedio. Yo he hecho todo lo que podía hacer. He estado muy ocupado. Mañana es Navidad, la señorita Collins ha desaparecido esta mañana. ¿Sus señas? Es así, no muy alta, me llega a la barbi-

lla... ¡Claro, claro, señor Inspector! Usted no me ve. Pues le diré: debe tener un metro cincuenta..., pelo rubio..., ojos grises...

—Azules — dijo una simpática voz —. Nicki entraba en la habitación.

—¿Azules? — repitió Haskell, y al dar la vuelta vió a la joven a su lado... Sí, muy azules; setenta y cinco kilos de peso...

—Cincuenta y cinco— corrigió la joven.

—Cincuenta y cinco, madre mía... Señor Inspector, no se moleste, ya ha llegado. Muchas gracias.

—Felices Pascuas, señor Haskell — dijo Nicki saludando al vejete.

—¡Felices Pascuas! Señorita, me ha vuelto usted loco. Su papá ha llamado desde San Francisco varias veces.

—¿Es posible?

—¡Claro que lo es! Primero telefoneó al hotel y usted no estaba; luego a su tía; allí tampoco estaba; luego a mí...

Haskell se fijó en las viejas zapatillas que Nicki llevaba en las manos.

—¡Son unas zapattillas de hombre! ¿De dónde trae eso?

—¿Esto?

—¡Eso!

—Las encontré.

—¿Dónde las encontró?

—En la calle.

—¿En la calle? A lo mejor entre la basura, señorita.

—Sí, sí, traen buena suerte... Encontrar calzado viejo en la calle... ¿cómo se dice? «Calzado encontrado, día afortunado». ¿No lo había oído usted nunca?

—Nunca.

—¡Oh!

—Había oído decir: «Una moneda encontrada y todas las penas desaparecen». No, esto no rima. «Una modena...»

—Bueno, sí; es algo parecido a lo del calzado viejo.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí.

—¡Ah, ya comprendo! Se trata de superstición.

—Ni más ni menos.

—Muy bien. Vea, ya han llegado los regalos de Navidad, señorita Collins. Este es un regalo de su tía...

—¡Qué buena es!

—Y aquí tiene un regalito de un Rey Mago—dijo Haskell entregando una muñequita a Nicki.

—Es un Rey Mago de la Oficina de Nueva York, admitió la joven sonriendo agradecida ante la fineza del viejo empleado de su padre.

Sonó el timbre del teléfono y Haskell cogió el aparato.

—Diga, diga... No, no; nadie ha preguntado la dirección del Circo Club. Debe ser una confusión.

Saunders y el chofer habían seguido el coche de Arnold y no les había costado mucho trabajo averiguar quién era Nicki y cuál era el número de su cuarto. Era indispensable recuperar aquellas zapatillas, y Danny tomó el encargo por su cuenta. Sigilosamente penetró en las habitaciones de Nicki, cuya puerta de acceso estaba entreabierta. Para no ser visto de los dos que se hallaban allí se escondió detrás de una cor-

tina en espera del momento que le permitiera actuar.

—Señorita —dijo Haskell llamando a la telefonista—, haga el favor de pedir conferencia con San Francisco. La señorita Collins ya ha llegado. ¿Las líneas están ocupadas? Bueno, siga llamando. La avisarán pronto.

—Gracias, señor Haskell, nos veremos mañana.

—Hasta mañana entonces, descansen bien...

El buen señor se dirigió al corredor dispuesto a marchar e iba murmurando el refrán que le había dicho Nicki.

—«Calzado encontrado...» No me convence, no es un refrán muy poético. Yo hubiera compuesto algo distinto, más sonoro.

Al decir esto, pasaba ante la cortina donde se hallaba oculto Danny. Este descargó un golpe sobre su cabeza y Haskell cayó sin sentido.

Antes de hablar con su padre, Nicky llamó por teléfono al novelista Morgan. Mientras ella estaba distraída hablando, Danny pasó a otra habitación desde donde podía observar los movimientos de su víctima.

—Señor Morgan, ya se que está usted muy ocupado, pero se trata de algo muy importante.

Debe usted venir inmediatamente. Por favor, venga usted.

—Me tienen sin cuidado todos estos apuros que usted pasa. Es un asunto que no me interesa.

La novia de Wayne escuchaba la conferencia.

—¡Wayne! —gritó airada—. ¿Se trata otra vez de aquella chica?

—¿Qué quieres? ¡Ah, sí, es una verdadera preciosidad! No quiero saberlo ni me importa... ni pienso ir a su hotel.

—Wayne, corazón mío—decía Joyce—. esto es una pesadilla.

—¡Calla la boca, Joyce! Perdónese, señorita Collins, no tengo más remedio que colgar el teléfono.

—¿Por qué no quiere ayudarme?

—Es inútil; no puedo ir.

—Pero tiene que ayudarme, señor Morgan..., hay un hombre en mis habitaciones..., tiene una pistola en la mano..., cada vez está más cerca.

Nicki hablaba así para despertar la curiosidad de Morgan pero sin sospechar la proximidad de Danny, realmente armado de pistola y con muy malas intenciones.

—¡No, no dispare!—gritaba Nicki siguiendo el plan que se

L A D A M A D E L T R E N

había propuesto—. ¡Por favor, no dispare! ¡Ay, ay!

Los gritos desgarradores de Nicki impresionaron a Morgan.

—¡Oiga, oiga! señorita Collins...

Nicki ya había colgado el aparato y había logrado interesar al escritor.

* * *

El timbre del teléfono sonó de nuevo.

—Diga... sí, sí, póngame con San Francisco. ¡Hola, papáito! ¡Felices Pascuas! No sabes lo mal que me supo no haber estado aquí cuando tú llamaste. ¿De veras? Hace un tiempo típico de Navidad, frío, viento y, además, está nevando. ¿Por ahí, que tal? ¿Tenéis buen sol? ¡Oh, qué lástima! Sí, sí, ¿quieres que te cante una canción? Te adoro, papáito, voy a cantar en seguida.

Nicki acercó todavía más el aparato telefónico a su boca y entonó una dulce canción navideña que su padre escuchó embobado a miles de kilómetros de distancia.

Mientras tanto Danny también escuchaba, emocionado, aquella dulce canción tan bien cantada; pero no por esto olvidaba la mi-

sión que le había llevado hasta allí. Terminó el canto y la joven reanudó la conversación.

—No miraré tus regalos hasta mañana, papáito. Buenas noches.

Danny había tenido que soportar toda la canción que cantara Nicki para divertir a su padre y para él que estaba escondida, aquella sonata fue interminable. Hubo momentos en que no dejó de emocionarle a pesar de que tenía endurecido el corazón. La que le gustó más fue «La noche silenciosa» que trajo a su memoria aquellas Navidades de su infancia; pero él había ido allí para apoderarse de las zapatillas comprometedoras y era preciso encontrarlas. Paseando la vista de un lado a otro, las vió sobre la silla donde las había dejado Nicki al llegar, sorprendida por las quejas más o menos justas de Haskell. Ahora sólo faltaba cogerlas, y para esto era necesario que Nicki desapareciera a su dormitorio o se volviera de espaldas. Un poco más de paciencia y Danny pudo hacerse con las enormes zapatillas del viejo Waring, y salió disparado de la habitación.

Al momento de abrir la puerta tropezó en el pasillo con un joven que se dirigía a las habitaciones de Nicki. Los dos hombres se

miraron cara a cara y Danny, sospechando que se trataba de un detective quiso huir. Wayne Morgan, pues no era otro, le dijo:

—Suponga usted ahora que solicito los servicios del detective del hotel...

Morgan llevaba ambos manos en el bolsillo, y sin sacar de allí la diestra hizo presión con un revólver a la espalda de Danny.

—Supongamos que no llama usted al detective —replicó el chófer.

—¡Arriba las manos! —gritó Morgan.

Más experto que Morgan, el chófer se echó a reír y dando un golpe a la mano del literato, exclamó:

—¡Esto es una pipa!

Tuvo razón el chófer. Morgan quería amedrentar a aquel desconocido con un truco, puesto en práctica en sus novelas; pero Danny se sabía todas estas cosas de memoria. Sin perder tiempo dió un puñetazo a Morgan dejándole sin sentido, le quitó el abrigo, lo cogió en brazos y lo depositó junto adonde se hallaba todavía Haskell desvanecido.

—¡Ahora llame al detective!

—dijo Danny con cinismo.

De las dos víctimas de Danny

la primera en volver en sí fué Morgan. Miró a su alrededor y vió una caja de cerillas que ostentaba un reclamo del Circo Club. En aquel instante Haskell recuperó el sentido. Los dos hombres se observaron y empezaron a golpearse; en esta guerrera actitud les halló Nicki, a quien el ruido que hacían le hizo sospechar que había alguien en la habitación.

—¡Déjeme! ¡Suélteme! ¡Canalla! —gritaba Haskell.

—¡Suélteme o le mato! —decía Morgan.

Nicki no podía comprender cómo aquellos dos se hallaban en la antesala de sus habitaciones repartiéndose una de mamporros que asustaba.

—¡Hola! ¡Señor Morgan!

—¡Hola, señorita! —dijo el escritor.

—Permítanme que les presente. Señor Haskell, el señor Morgan. Señor Morgan, el señor Haskell.

—¡Mucho gusto! —dijo Morgan dando la mano a Haskell.

—El gusto es mío —contestó el viejo Haskell.

Ambos continuaban sentados en el suelo y mirándose extrañados.

L A D A M A D E L T R E N



—¡Es un dolor de agonia!
—¡De agonia!

Diana Durbin
creadora de
LA DAMA DEL TREN



-Ladran por ladrar. Les gustan las chicas guapas.



Nicki pasa su mirada de uno a otro.

LA DAMA DEL TREN



—Mi tío tenía muy mal gusto y... usted es encantadora.

Tía Carlota se acercó a Nicki y le dio un solemne bofetón.



Morgan se lanzó sobre
Danny.



-Estoy muy satisfecha
de haberles conocido a to-
dos.

LA DAMA DEL TREN



—A lo menos hemos conseguido que la policía se interese en el asunto.

—... hoy un hombre en mis habitaciones... tiene una pistola en cada mano; cada vez está más cerca.



— ¡Señorita Collins, la
hija de H. G. charlando
con un criminal!



— ¿Ha trabajado ya
Margo?

LA DAMA DEL TREN



- No tema nada, ya estamos a salvo - gritó Morgan.

- Eñilla - corrigió Arnold.



- Desesba ponémo este
velo; na intente usted qui-
rármelo.



- Tig, no haga usted
eso. Soy un pobre viejo.

—¿Es usted Wayne Morgan?
—preguntó Haskell.

—Sí, señor; para servirle.

—Señor Morgan, ¿tiene usted la costumbre de visitar a las señoritas sin previa invitación?—interrogó Haskell.

—Cuando es necesario, sí.

—¿A estas horas de la noche?

—Sí: si peligró su vida.

—Y, ¿en pijama?

Morgan se miró a sí mismo, y se dio cuenta de que le habían robado el abrigo con que se había cubierto para ir al hotel.

—Si las circunstancias lo exigen.

—El señor Morgan no vino sin ser invitado. Se lo pedí yo—acabó Nicki.

—¿Usted se lo pidió?—exclamó Haskell abriendo los ojos desmesuradamente.

—Pidió mi auxilio. Se veía amenazada por un hombre escondido en sus habitaciones.

—No, no lo crea. Esto fué una invención mía para obligarle a venir. No había nadie en mi habitación.

—Entonces, ¿quién me dió en la cabeza?—preguntó Haskell acariciando su todavía doliente cerebro.

—Este caballero—dijo Nicki señalando a Morgan.

—Un momento, un momento—dijo Morgan—, también a mí me dieron en la cabeza.

—Les aseguro que no había nadie en estas habitaciones. Ustedes se golpearon mutuamente.

—No fué este señor quien me pegó—dijo Morgan—. Fué un hombre bajito que llevaba unas zapatillas en la mano, un tipo así como un chófer.

—¿Con unas zapatillas?—exclamó Nicki asustada—. ¿Y usted se titula escritor de novelas policíacas?...

—¡Eso que tiene que ver!—repuso Morgan.

—No me explico cómo consintió que aquel hombrecillo le pegara y, además, se escapara—dijo Nicki con desdén.

—Pero...

—Esas zapatillas tienen mucha más importancia de lo que usted cree.

—En esta aventura yo he perdido un abrigo nuevo... ¿por qué preocuparme de un par de zapatillas viejas?

—Es que la señorita Collins cree que traen suerte—explicó Haskell que no entendía una palabra de todo aquel embrollo.

—¿Sí?

—Sí, sí, ya se sabe: «Calzado encontrado, suerte que te espe-

ra» —explicó Haskell a su nuevo amigo.

Nicki había penetrado en su dormitorio y al poco rato salía vestida dispuesta a echarse a la calle.

—¡Señorita Collins! ¡Señorita Collins! ¿Dónde va usted —preguntó Haskell asustado.

—No lo sé, pero ya lo sabré.

No esperó a oír más Nicki y salió disparada de sus habitacio-

nes. Haskell se volvió hacia Morgan.

—El proverbio creo que dice: «Si tienes buena suerte...»

—Gracias por su información —contestó Morgan.

—«Algún zapato te encontrarás», esto rima bastante bien. Señor Morgan, encantado.

Se despidieron los dos hombres, salieron del hotel y cada uno tomó una dirección distinta.

EL CIRCO CLUB

ENCOTRAR un local de la reputación del Circo Club no era difícil aunque se tratara de una jovencita inexperta como era Nicki. Un taxi la llevó allí y lo primero que apareció ante sus ojos fué un letrero que decía:

*Esta noche despedida de
Margo Martín*

El Circo Club era un cabaret como cualquier otro, solamente que estaba decorado como un Circo Ecuestre. En otras palabras. Las sillas y las mesas estaban colocadas circularmente, el centro era una pista y el personal iba disfrazado de payaso, de domador, de malabarista, y de to-

dos aquellos elementos que suelen aparecer en la pista de un circo.

Al penetrar Nicki en el vestíbulo, se dirigió a uno de los criados.

—¿Ha trabajado ya Margo?

—No, señorita, todavía está en su camerino.

—Muchas gracias.

Sin saber exactamente dónde iba, Nicki siguió adelante y encontró a una empleada que vendía tabaco y flores.

—Perdone, joven, busco el camerino de Margo.

—Al final del corredor, señorita, la primera puerta a la izquierda.

—Gracias.

El camerino de Margo era muy

lujoso. Hermosos muebles, lámparas y una original ventana que era un espejo.

El peluquero acababa de arreglar a la cantante para que saliera a la pista a ejecutar su número.

Cuando hubo terminado, el descendiente de Figaro se paró ante la ventana del espejo.

—Bonita ventana, muy bonita —dijo.

Margo, que estaba extraordinariamente nerviosa, arrojó un marco en el que había una fotografía del viejo Waring, contra la ventana. El marco se hizo pedazos y quedó en el suelo.

—No puedo soportar más este truco del espejo —exclamó.

—¡Calma! ¡Calma! Era precioso..., el señor Waring tenía unas ideas fantásticas.

—Le suplico que no me hable de él.

—¡Calma, Margo, calma!

—¡Márchese y déjeme en paz! —dijo la cantante.

—Nunca olvidaré la noche en que el señor Waring hizo instalar este espejo. Usted estaba cantando en la pista y él hizo montar esta instalación para poderla ver sin que usted le viera a él.

—Le ruego que se marche de

una vez, si no quiere que le mande echar por Saunders.

Salió el peluquero haciendo una hipócrita reverencia, y Margo penetró en un cuartito donde guardaba los trajes de salir a escena.

Nicki vió la puerta abierta y entró. Estuvo curioseando el retrato de Waring que yacía en el suelo.

Al poco rato salió Margo.

—Señorita, usted no me conoce —dijo Nicki.

—Desde luego, no la conozco —repuso la cantante sorprendida.

—Y tampoco sabe a lo que he venido aquí.

—¿A qué ha venido?

—¿Estamos de acuerdo en que usted no me había visto nunca en su vida?

—Perfectamente de acuerdo.

—Muy bien. Creo que nos vamos a entender. Señorita Martín ¿qué significa ese letrero de «Margo se despide esta noche».

—Significa que mañana me retiro.

—¡Ah!

—Y usted se va a retirar ahora —dijo Margo cansada del interrogatorio a que se la había sometido.

—Yo no tiraré por el suelo la fotografía de un hombre que me

acabase de legar una fortuna de millones... —dijo Nicki.

Vuelta de espalda a Margo, Nicki miraba a través de la famosa ventana del espejo y vió cómo se acercaba hacia donde estaba ella Arnold Waring.

—¿Quién le ha dicho lo que me ha dejado el señor Waring?

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —interrogó Nicki a su vez.

—Señorita... —dijo Margo un poco recelosa y variando de táctica—. Puede quedarse un rato y la presentaré a unos amigos míos.

—Con mucho gusto.

—No me gusta que esté de pie. Siéntese cómodamente.

—Gracias. Es curioso ese espejo de la ventana... Señorita Martín... sé muchas cosas de su vida que usted ignora.. Por ejemplo... se que...

—Señorita, mi número empieza en seguida y tengo que cambiar de traje.

Arnold había llegado y Nicki estaba sola en aquel momento porque Margo se había introducido en el cuartito para cambiar de ropa.

—Buenas noches, señorita Martín —dijo Arnold a Nicki—. ¿Por qué no me dijo antes que se

despedía del público esta noche? Descaba tanto oírle cantar.

—Gracias, señor Waring.

—No me llame señor, para usted soy Arnold.

Un criado entró una caja que contenía flores y Nicki la cogió.

—Márchese Arnold, ya le veré luego.

Al momento de salir Arnold del camerino apareció de nuevo Margo.

—Regresaré en cuanto, termine mi número y charlaremos un rato —dijo Margo—. Entonces podrá decirme todo cuanto sabe, y yo le diré algo que quizá no sepa... y todos contentos. ¿De dónde ha salido eso? —preguntó Margo señalando la caja de flores.

—Las han traído para usted.

—¿Quién las manda?

Nicki abrió la caja.

—Creo que hay una tarjeta dentro de la caja.

—Señorita, si no es molestarla, pero yo acostumbro a abrir personalmente mis regalos.

Estaba distraída Margo abriendo la caja de flores y Nicki aprovechó el momento. La empujó con fuerza hacia el cuarto de los vestidos y cerró la puerta con llave antes que la otra tuviese tiempo de volverse.

Margo golpeó la puerta, intentó chillar, pero todo era inútil, nadie la oíría. El Circo Club era una instalación muy especial ideada por la maquiavélica imaginación de Saunders.

El vestido que iba a ponerse Margo estaba encima de una silla y Nicki se lo puso rápidamente y salió a la pista.

El público iba acudiendo al Circo, local de moda en aquel momento.

Wayne Morgan y Joyce, olvidada ya la aventura del cine, se dirigieron al Circo Club.

—¿Estoy perdonado, Joyce? —preguntó Morgan.

—Sí, mientras no reincidas. Es bonito este local. Si no volvemos a reunir hasta el viernes, debes llevarme al Stork Club.

—Bueno, pero, ¿me perdonas?

—Claro que sí.

—¿De verdad?

—Sí, Wayne, y mientras tú eliges mesa, voy a telefonar a mamá para decirle dónde estamos.

—Muy bien.

Nicki cruzó el vestíbulo vestida con el traje de Margo dispuesta a reemplazarla cantando una de sus canciones cuando se dió cuenta de Morgan.

—Oiga, ¿cuándo es el núme-

ro de Margo Martín? —preguntó Morgan a un camarero.

Antes de que le contestara vió a Nicki.

—¡Oh, señorita Collins! —dijo Morgan dirigiéndose hacia ella.

—Márchese de aquí por favor —suplicó Nicki—, lo va usted a estropear todo.

—¿Por qué no me dijo usted que era Margo Martín? —insistió Morgan.

—Porque no lo soy, pero ahora lo seré. ¡Márchese!

—No quiero marcharme, aun cuando tengo mucho que hacer.

—¿Se queda usted?

—¡Sí!

—¿No quiere marcharse?

—¡No!

—¡Está bien!

Con mucha parsimonia bajó Nicki a la pista y empezó a cantar. Joyce se había sentado junto a su novio. Consideraba Nicki que la presencia del literato en el Circo Club podía echar a perder todas sus combinaciones, y era indispensable que no permaneciera más tiempo por allí. Segura Nicki de que Joyce también la reconocería, dedicó casi toda su canción a Morgan, y como no podía menos que ocurrir, aquélla se levantó furioso y abandonó el local seguida de su novio.

Nicki continuaba su canción paseando de una a otra mesa. Al llegar cerca de la que estaba Arnold, éste le dijo:

—Señorita Martín, si atiende como es debido a sus admiradores, no olvide que le mandé unas flores. Siéntese en mi mesa, estoy solo y aburrido.

Terminó el primer número de la supuesta Margo y fué a sentarse junto a Arnold.

En la puerta del Circo Club paró un coche del que descendieron el abogado Wigam, Jonathan Arnold y tía Carlota.

Penetraron en el Club y Jonathan dirigiéndose a su tía, dijo:

—Diré a la señorita Martín que tía Carlota quiere pedirle perdón, ¿no es eso?

—Tía Carlota dará una explicación —aclaró la interesada—. ¡Yo no pido perdón a esa mujer!

—¿Entonces, a qué hemos venido? —interrogó el sobrino.

—¡Repito que no le pido perdón!

—Bueno, entonces le diré: Señorita Martín, tía Carlota viene porque cree que se precipitó un poco...

—Esto me parece mejor.

—Tía Carlota, te olvidaste el

manguito —dijo Jonathan entre-gándoselo a su tía.

El coche en que habían llegado los Wigam lo había conducido Danny. Este se acercó al abogado.

—Señor Wigam, podría ausentarme una horita?

—Haz lo que quieras.

—Gracias, señor Wigam —dijo Danny sonriendo enigmáticamente.

Con los que entraban se cruzaron Joyce y Morgan discutiendo.

—Pero Joyce, yo te explicaré, te aseguro...

—Ya lo sé, que en tu vida has visto a esa mujer...

—No, Joyce... espera.

La joven ya no oía nada. Cruzó la calle y llamó un taxi.

—Déjame que te explique.

—¡Ya escucho! ¡Explícate!

—dijo Joyce parando en seco. Estas palabras pillaron a Morgan de sorpresa, pues estaba seguro de que su novia no quería oírle.

—Perdona Joyce, pero no tengo nada que explicar.

—El taxi, señorita —dijo el portero del Club dirigiéndose a Joyce.

Subió ésta furiosa en el vehículo y Morgan quedó parado en la acera viendo cómo se ausentaba

el coche que conducía a su novia.

—¡Qué hombres! —suspiró la novia abandonada en el interior del destartado taxi.

Danny se introdujo por las dependencias de la cocina del Circo Club seguido a cierta distancia por Morgan, a quien había llamado la atención del original chófer. Llegó éste a la cocina donde saludó al cocinero.

—¡Hola, Bong!

—¡Hola, Danny! ¡Felices Pascuas!

—Prepárame dos bocadillos y una taza de café. Bajaré en cuanto haya hablado con Saunders.

—Como tú quieras, Danny.

Por unos extraños corredores en los que era fácil perderse, Danny llegó hasta la oficina de Saunders. Oyó voces y esperó un poco. Del despacho de Saunders al camerino de Margo había una comunicación secreta, y aquél, que había oído los gritos de la artista, la había puesto en libertad. La cantante lloraba.

—Ya sabes tú, Saunders, que yo no quería mezclarme en esto de ninguna manera. Todo fué idea tuya. Todo fué tramado por ti. Tú decías: No te apures, ya verás como todo sale muy bien. ¡Qué fácil es decir las cosas!

¡Qué difícil es realizarlas! —sollozaba Margo.

—Tú harás lo que yo te mande —decía Saunders, siempre con el gatito blanco en brazos.

—Ahora ella está en la pista y yo no pienso hacer nada. Renunció a la parte de la herencia que me corresponde...

Danny no quiso oír más y penetró en el despacho.

—¡Jefe!

—¡Ya voy! —contestó Saunders.

—Si estás asustada... procura disimularlo ¿Qué, Danny? ¿Ya tienes las zapatillas? —exclamó satisfecho Saunders al ver las dos piezas que habían sido recuperadas. ¡Bravo!

Mientras esto ocurría en las dependencias interiores del Circo, Nicki sentada en la misma mesa de Arnold, intentaba hacerse simpática al sobrino del difunto Waring.

—Siempre que su tío estaba en Nueva York íbamos a comer al restaurante italiano. Se volvía loco comiendo spaghetti...

—Pero si no le gustaban —exclamó Arnold sorprendido.

—Bueno, quería decir que cuando llegábamos allí... se enfurecía.

L A D A M A D E L T R E N

Un camarero vestido de Pierrot se acercó a Nicki.

—Señorita... Martín...

—Todavía me acuerdo...—seguía diciendo Nicki, sin hacer caso de aquel aviso inesperado.

—La esperan en su camerino—insistió el camarero.

El tono era imperativo y Nicki comprendió que no tenía más remedio que acudir.

—Con permiso, Arnold, vuelvo en seguida.

La joven se levantó y el camarero que la seguía dijo en voz baja, pero autoritaria:

—Obedezca, señorita.

—¿Usted sabe que no soy Margo?

—Esto se lo dirá usted al gerente.

CARA A CARA CON EL ENEMIGO

NICKI siguió a su guía por varios oscuros corredores hasta llegar al despacho de Saunders. Allí estaba también Danny llevando en el brazo el abrigo que había quitado a Morgan al luchar con él en el hotel.

—Buenas noches, señorita Collins —dijo Saunders mirando a Nicki con sorna.

La presencia de Saunders desconcertó un poco a Nicki, porque aun cuando le había visto en Los Sauces, ignoraba su verdadera personalidad.

—Siéntese, señorita Collins. Desde que usted empezó a mezclarse en este asunto ha averiguado muchas cosas. Usted sabe que Josiah Waring no murió en

un accidente, ¿eh? ¡Usted sabe que fué asesinado! Es una jovencita muy lista; pero debe tener más cuidado. ¿Supongamos que a usted le ocurriera un accidente? Por muy lista que usted sea... no...

—No me aterrorizaría usted, señor Saunders. Y, ¿no sabe por qué? ¿Sabe por qué no le tengo miedo?

En realidad Nicki estaba muy serena y hablaba a Saunder desde gran altura. Los nervios no la dominaban.

—No, señorita. ¿Por qué no me tiene miedo?

Segura Nicki de que las famosas zapatillas estaban en sus habitaciones del hotel, lanzó el reto al que suponía autor del crimen.

—Porque sepa usted que en este momento hay un par de zapatillas casi en poder de la policía.

Saunders sonreía.

—Un par de zapatillas manchadas de sangre —continuó Nicki—, que prueban que Josiah Waring fué asesinado. Parece que se asusta, señor Saunders. Está usted pensando que ha sido descubierto y tiene que escapar... Y es así, no le queda otra solución. Confesar la verdad, entregarse o procurar marcharse.

Hubo un momento de silencio. Saunders, Danny y Nicki se observaban recelosamente. En aquel instante apareció Morgan y vió su abrigo. Se lanzó sobre Danny y las trágicas zapatillas cayeron al suelo. Entonces siguió una lucha terrible para apoderarse de ellas. Nicki apagó las luces y la pelea continuó a oscuras. La confusión era terrible y los tres hombres se pegaban con furia. Nicki logró apoderarse una vez más de las siniestras zapatillas y llamó a Morgan.

—Sígame, saldremos por este lado.

—No la comprendo bien —dijo Morgan en cuanto logró escapar al corredor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nicki.

—¿No está usted de parte de ellos?

—No, estoy con usted.

—Pero... ¿usted es Margo?

—No, no; sólo he ocupado su sitio esta noche. Vamos al camerino.

Morgan y Nicki se dirigieron al camerino y hallaron a la auténtica Margo atemorizada.

—Ha ocupado usted mi puesto —dijo Margo mirando a Nicki sin rencor—. Consérvelo y buena suerte.

Salió la cantante del camerino y quedaron solos Nicki y el literato.

—¡Ah, esa es Margo!

—Sí, ya está usted enterado. Desde luego estas zapatillas son la única prueba de que Josiah Waring fué asesinado. Pienso entregarlas a la policía... y espero no haberle causado a usted demasiadas molestias.

—Señorita Collins. Hace muy pocas horas que nos conocemos, ¿verdad?

—Sí.

—Desde que la conocí a usted me he visto expulsado de un cine, he recorrido Manhattan en pijama con un frío horrible, he recibido un golpe de un descono-

cido, me han robado el mejor abrigo que tenía... y he perdido la novia. A ésta le he pedido varias veces que me perdonara, cosa que no acostumbro a hacer, y es probable que no se lo pida más. Creo que todavía no he terminado y me tiene a su disposición para cualquier otro disgusto.

Estaban así hablando Nicki y Morgan cuando fueron sorprendidos por Saunders y Danny. La joven les vio venir y huyó hacia el vestíbulo; pero Morgan se encontró de nuevo envuelto en una pelea con los dos canallas.

—Venimos para que nos devuelva las zapatillas —dijo Saunders.

—¡No, eso sí que no! —contestó el escritor para dar tiempo a que Nicki estuviera lejos.

—¡Manos arriba! —dijo Danny amenazando con un revólver que llevaba en el bolsillo.

—¡Eso es una pipa! —contestó Morgan tomando la cosa a broma.

Danny sacó un pistolón que obligó a Morgan a variar de actitud.

Escondiendo las zapatillas en un manguito, Nicki regresó a la pista con la trágica carga.

—Señorita Martín, venga —dijo Arnold al verla de nuevo.

—No puedo ahora, tengo que cantar otra vez.

Después de la canción salieron las parejas del público a bailar y Nicki encontró a Jonathan.

—¡Hola, señorita Martín!

—¡Hola! No le esperaba por aquí.

—Le he buscado por todas partes, yo descaba hablar con usted antes de que se reúna con los demás.

—¿Sí?

Jonathan y Nicki se pusieron a bailar y pronto se confundieron entre las demás parejas.

—El Circo siempre me ha parecido cosa de niños —dijo Jonathan.

—Pues yo creo que...

—¿Quiere que hablemos claro, señorita Martín? Allí están mi tía Carlota y el señor Wigam. He venido para pedirle perdón. Cree que ha obrado un poco imprudentemente.

—¿Imprudentemente?

—Sí. Mi tía olvidó por un momento que usted era la heredera de un gran capital...

—Tal vez lo recordaba demasiado.

—No lo olvidó Arnold; éste

tiene una gran memoria. Le aseguro que no lo ha olvidado.

—Entonces usted, ¿también viene por mi dinero?

—No, vengo por usted, que me interesa mucho más.

Tía Carlota y el señor Wigam se habían sentado junto a Arnold y observaban a las parejas que pasaban bailando.

—¡Jonathan bailando! —exclamó la señora—. ¡Nadie creería que lleva luto por su tío!

—¡Qué importa! —dijo Arnold—. Camarero, tráigame otro Martini y póngame una guinda.

Seguía la pareja en cuestión bailando y charlando alegremente.

—Tía Carlota, no la quiere a usted —dijo Jonathan.

—Tampoco yo la quiero a ella —confirmó Nicki.

—No la quiere nadie, es como una epidemia.

—¡Oh!

—Pero no hay más remedio que hacer frente a la situación.

Jonathan era un joven realmente simpático, y si Nicki no hubiese estado, un poco entusiasmada por Wayne Morgan, casi que se hubiese inclinado por el sobrino del difunto Waring.

Desde el interior del camerino de Margo, Saunders y Danny ob-

servaban a Nicki sentada ante una mesa con los Waring y su abogado.

—Esto no me gusta —dijo Saunders dirigiendo la mirada al grupo familiar.

—Ese tío tiene mucha fuerza —repuso Danny refiriéndose a los puñetazos que le había propinado Morgan. Menos mal que tenemos las zapatillas.

—Te equivocas, Danny.

—¿Dónde están?

—Delante de tus narices. Ella las ha cogido de nuevo. Debe tenerlas allí, debajo de la mesa.

Tía Carlota tenía descos de decir varias cosas, y en cuanto Nicki se reunió con ellos aprovechó el momento.

—Tía Carlota piensa... —insinuó Jonathan.

—No te molestes, sobrino, ya hablaré yo. Puesto que la finca de Los Sauces fué nuestra, señorita Collins...

—Al menos sentimentalmente... —interrumpió Arnold.

—Por la ley podríamos pleitear —aseguró el abogado.

—No, señor Wigam, no queremos acudir a los tribunales —dijo la señora.

—¡Claro, por si acaso perdíamos el pleito! —dijo Arnold.

—¡Por favor, Arnold, no inte-

rrumpas! Nosotros habíamos pensado... que dadas las circunstancias... y como que mis sobrinos... uno de ellos... usted podría formar parte de la familia.

Una vendedora de flores se acercó a la mesa con un aparato telefónico portátil que enchufó para que pudieran hablar.

—La llaman a usted por teléfono, señorita.

Al otro lado de la pista había una cabina telefónica cuya puerta era de cristal transparente. Nicki levantó los ojos y vio a Morgan dentro de la cabina. Era él quien la llamaba.

—¿Ustedes permiten? —preguntó Nicki a los que la rodeaban—. Diga...

—Señorita Collins, soy Morgan, llamo desde la cabina que está frente a su mesa. ¿Puede verme?

—Sí, sí, desde luego...

—Mucho cuidado, pretenda que está hablando con una amiga...

—Sí, sí, Emilia, diga.

—Oiga, no deje que ninguno de los que está con usted en esa mesa vea las zapatillas. A ninguno, ¿entiende?

—Pero, Emilia, diga, como...

—Silencio, el criminal es uno

de los tres hombres que está sentado en su misma mesa.

—¿En mi mesa? No es posible, Marta...

—¡Emilia! —corrigió Arnold.

—Emilia; no has dejado el bolso en mi mesa —dijo Nicki no sabiendo cómo salir de todo aquel embrollo.

—Tengo que verla, señorita Collins. No se preocupe por el chófer. Le di un golpe que le deje sin sentido y le quité el revólver...

Uno de los secuaces de Saunders que había estado escuchando la conversación dió un golpe a Morgan y la conferencia quedó interrumpida.

—¡Oiga, oiga! —gritaba Nicki que se había dado cuenta de lo ocurrido, pero nadie contestó.

—Dave —ordenó Saunders— lleven este hombre abajo.

Nicki reanudó la conversación con tía Carlota que había interrumpido por la conferencia telefónica.

—Tiene usted razón señora, creo que su proposición es buena...

—Señorita Martín—insistió tía Carlota muy amable—, si la finca pudiera pertenecer a la familia, le quedaríamos muy agradecidos.

—¡Ah, pues, nada, pueden

quedársela! contestó Nicki que sólo pensaba en lo que le podría ocurrir a Morgan.

El director de orquesta hizo una seña a Nicki.

—Prepárese Margo, tiene que cantar su número.

—Señorita Martín. Es usted muy generosa, no sabe lo que esto significa para nosotros —observó Jonathan.

—¡No diga eso! Si desean alguna otra cosa, no tienen más que pedirla y no hay por qué agradecerme. Bueno, luego les veré.

Se levantó la joven y salió a la pista a cantar.

El criado de Saunders había depositado a Morgan en un sótano donde guardaban las botellas vacías del Circo, y Danny montaba la guardia esperando que volviera en sí.

Mientras Nicki cantaba, el abogado Wigam hizo la siguiente observación.

—Esta joven me parece un poco anormal.

—Tú has bailado con ella, Jonathan —dijo tía Carlota.

—Sí... y es encantadora.

—¿Tienes celos, tía Carlota? —preguntó Arnold.

—¡Qué ideas, muchacho!

Terminó Nicki la canción y,

en lugar de regresar a la mesa con los Waring, se dirigió al camerino para ver si lograba averiguar dónde estaba Morgan. Saunders la vió.

—¡Jovencita! ¡Déme las zapatillas!

Logró escapar Nicki y de un corredor a otro, subiendo y bajando escaleras logró llegar a la bodega donde halló al escritor y al chófer pegándose de mala manera. En la lucha caían las botellas vacías de las estanterías y aquel antro parecía un verdadero infierno. Danny logró darle un fuerte golpe y Morgan quedó una vez más desvanecido.

—Cuando recobre el sentido, tome una copa de coñac —dijo el chófer burlándose de su víctima.

Nicki entró sigilosamente para que no la viera Danny y cuando éste hubo desaparecido, se acercó al escritor.

—Señor Morgan, señor Morgan...

—¡Oh! ¡oh! —murmuró dolorido por los golpes.

—Señor Morgan, ¿se encuentra mejor?

—¿Por qué me duele tanto la cabeza?

—Porque le han pegado...

—Pero si yo también le pegué.

—Y luego él le pegó a usted.

—Usted no debió bajar aquí.

—¿Qué quiere? No podía marcharme sin saber lo que le había ocurrido.

Se oyeron pasos en la escalera.

—¡Danny! ¡Danny! ¿Tienes a ese hombre?—preguntó Saunders.

—¡Aquí está, jefe!—contestó Wayne imitando la voz del chófer.

—No tema por las zapatillas, Morgan—dijo en voz baja—, las he escondido.

—Pues salga sin perder tiempo y espéreme en la puerta—ordenó Morgan.

Nicki se escondió en un rincón para que Saunders al entrar no la viera. Aquél se dio cuenta del engaño y empezó a pelear con Morgan. Distraído Saunders con la pelea, no vio que Nicki se escurría; pero al llegar ante el camarino de Margo la alcanzó el chófer y la encerró dentro.

—Tranquilízate, preciosa, que vuelvo inmediatamente.

Era inútil gritar ni desesperarse. Nicki se miró al espejo y se dio cuenta de que llevaba el vestido roto por la espalda. ¿Qué extraño tenía eso después de la lucha sostenida? Se cambió de traje y esperó un momento. Vió una

puerta que tenía un cristal roto por la cual era posible salir. Se decidió rápidamente. Oyó una voz que le pareció conocida.

—¡Margo! ¡Margo!—gritaba, pero no veía a nadie.

Al momento de salir vió que Saunders se dirigía al camarino, pero no era él quien había llamado. Serenamente salió Nicki a la pista y empezó a cantar. Unos instantes después sonaban unos disparos. El público se dio cuenta de que había ocurrido algo extraordinario. Todos se levantaron y muchos acudieron al sitio de donde habían procedido los disparos.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ha pasado?

—¡Un hombre muerto!—exclamó una mujer.

Nicki se acercó a un camarero.

—¿Quién es el muerto?—preguntó.

—El gerente.

—¡Saunders!—dijo horrorizada.

Morgan apareció junto a Nicki con la cara maltrecha después de las dos luchas sostenidas. La policía había penetrado en el Club Circo y no dejaba salir a nadie.

—Señorita Collins, no puede usted volver al hotel—dijo Morgan—, es peligroso.

—Sí, lo supongo; será preferible que vaya a su casa.

—¡Sí!

—Voy a recoger las zapatillas.

Corrió Nicki hacia la mesa, ya desierta, que había ocupado con los Waring y rescató las zapatillas que había escondido.

—¡Vigilen todas las puertas!

—ordenó un policía.

Nicki tropezó con él al intentar salir.

—Me había olvidado las zapatillas —dijo Nicki con serenidad, mostrando el enorme par al policía.

Este sonrió y la dejó pasar.

Morgan ya había conseguido salir antes de que la policía custodiara las puertas y cuando Nicki se reunió con él marcharon precipitadamente a su casa.

El asunto iba tomando carácter desagradable y Morgan temía que a fin de cuentas, la señorita Collins se encontraría comprometida.

Cuando llegaron al domicilio de Morgan era muy tarde. El escritor cedió a Nicki su habitación y un pijama, y él se instaló en el sofá de su despacho para descansar de la fatiga y luchas que había sostenido.

EXTRAÑO AMANECER

MAXWELL, el criado negro de Morgan se disponía a limpiar el despacho de su amo cuando se dió cuenta de que éste dormía plácidamente en el sofá.

Poco rato después llegó la señorita Fletcher, secretaria del escritor para trabajar.

—Buenos días, señorita —dijo el negro.

—¡Hola, Maxwell! ¿Qué significa esto?

—No lo sé, cuando yo me he levantado todo estaba tal como ahora lo encuentra usted.

Nicki había despertado y vistiéndose un bañín de Morgan se presentó en el despacho.

—Buenos días...

—Buenos días, señorita Collins. Puede retirarse Maxwell, ya está todo explicado.

—Hemos estado descubriendo un crimen juntos —explicó Nicki.

—¿Sí?

—¿Sí, y por esto he tenido que pasar la noche aquí?

—¡Ah!

—Sí; era mucho más seguro que ir al hotel.

—No lo dudo —dijo la secretaria.

Morgan roncaba ruidosamente.

—¿Siempre ronca así?—preguntó Nicki.

—No se lo podría decir, sólo soy su secretaria.

Sonó el timbre de la puerta exterior y se oyó al criado discutir

con alguien. Nicki corrió a esconderse.

—Debe ser la novia del señor Morgan —dijo la secretaria.

—Señor Morgan, señor Morgan —gritaba Nicki desde la galería donde se había ocultado—, despierte, por favor, despierte.

El criado seguía discutiendo en el recibimiento con el que quería entrar.

—Le aseguro que el señor Morgan no está en casa. No puedo dejar pasar a nadie sin su permiso.

—Joven, no he venido a discutir con usted. Soy Haskell de la oficina de Nueva York. ¡Déjeme pasar! Señor Morgan, señor Morgan...

Penetró Haskell en el despacho y se dirigió al sofá donde continuaba durmiendo el escritor, ajeno en absoluto a todo cuanto ocurría en su casa.

—¡Ah, ya dí con él! —exclamó Haskell—. ¿dónde está? Morgan roncaba.

—Roncar no es responder. Vamos, vamos, despierte,—dijo Haskell al tiempo que sacudía al literato logrando despertarle.

—¿Dónde está quien? —preguntó.

—Dónde está la señorita Collins?

—¿La señorita Collins? ¿Qué le hace suponer que pueda estar aquí?

—No está en el hotel, no está en casa de su tía...

—¿Qué?

—He dicho señor Morgan, que... ¿por qué ha pasado usted la noche en un sofá?

—Un momento, yo se lo explicaré todo...

—No espere convencerme de que la señorita Collins no está aquí.

—Sí, digo, no. Es decir... oiga. Es mejor que le diga toda la verdad.

La secretaria entró de nuevo.

—Le presento mi secretaria, la señorita Fletcher.

—Mucho gusto —contestó la joven.

—El gusto es mío. ¿Su secretaria? preguntó Haskell admirando a la joven.

—Sí —dijo Morgan considerando que la señorita Fletcher había salvado la situación—, anoche se le hizo tarde y se quedó aquí.

—¡Ah! —respiró Haskell—. Bueno, con permiso de ustedes, me retiro... su secretaria, claro, claro, así conocí yo a mi mujer.

Iba a salir Haskell del despacho cuando de nuevo se oyó la

voz del criado discutiendo; pero esta vez la discusión no duró mucho porque tres policías penetraron en el despacho de Morgan.

—¿Reconoce usted esto? —preguntó un policía a Morgan mostrándole el abrigo que le había robado Danny la noche anterior.

—Sí, es mi abrigo —admitió Morgan.

Con la policía iba Danny.

—¡Este es el hombre! —dijo el chófer acusando a Morgan.

—¡Canalla! —gritó el literato saltando al cuello del infame.

Les separó la policía antes de que se lastimaran de veras.

—¡Queda usted detenido!

—¿Por qué? —preguntó Morgan sorprendido.

—Se sospecha de usted como autor de un crimen cometido anoche.

Nicki, que había estado escuchando todo el rato, apareció en la sala.

—Esperen un poco. Todo esto es ridículo —dijo.

—¡Buenos días, señorita Collins! —exclamó Haskell al ver a la joven.

Nicki vestía todavía pijama y zapatillas. Se acercó adonde estaba el policía y, al andar, se le

cayó una de las zapatillas que llevaba puestas.

—El señor Morgan no mató a Saunders, ni a Josiah Waring... puedo demostrárselo enseñándoles las zapatillas...

—Señorita, se le ha caído una —dijo el policía.

—No se trata de las que llevo, sino de las que llevaba Josiah Waring manchadas de sangre todavía. ¿Dónde están?

El criado oyó lo que decía la señorita Nicki.

—¿Buscan ustedes un par de zapatillas viejas y sucias?

—Sí —dijo Morgan.

Salió el criado un momento y regresó con las famosas zapatillas limpias y blanqueadas como nuevas.

—¿Son éstas? ¿Se nota la diferencia? ¡Me costó mucho trabajo limpiarlas.

El desencanto de Nicki fue atroz. Tanto trabajo para apoderarse de la única pista que existía, y el tonto del negrito había borrado toda la huella. De todas maneras era evidente que aquellas zapatillas eran de un hombre y de algo servirían para aclarar el misterio que había rodeado la muerte del millonario y que ahora se complicaba todavía más con la desaparición de Saunders.

EN LA CARCEL

LA policía se llevó detenidos a Nicki y Morgan y los encerró en calabozos separados pero que podían verse y hablarse con facilidad.

—¡Bien! ¡Muy bien! —decía Nicki satisfecha.

—Que estemos en la cárcel.

—Sí, pero mientras tanto...

—A lo menos hemos conseguido que la policía se interese en el asunto.

—¡Ya lo creo que está interesada! Todo el Estado de Nueva York está contra Wayne Morgan... ¿Se da cuenta de que me encuentro detenido por criminal?

—Era parte de mi plan.

—¿Parte de su plan?

—Sí, no vaya a preguntarme qué plan...

—Me da usted miedo.

—Es muy sencillo. Lo que debe usted declarar es que sí, que mató a Saunders...

—¿Le diré?

—Sí, entonces me pondrán en libertad. El criminal obrará tranquilamente y yo lograré descubrirle antes de que le condenen a usted.

—No; no puedo consentir que se arriesgue usted tanto.

—¡Ah, señor Morgan! Así se resolvería todo. Le juzgarán igual que en sus novelas; luego al llegar al último capítulo...

—Me interesa.

—¿Le gusta?

—Sí. El último capítulo... ya

está el final. «Roger sonrió sarcásticamente porque sabía que iba a morir, no perdió el valor. Moriría por un delito que no había cometido...»

—¡Eso es magnífico!

—«Luego, de repente, Roger pensó en ella».

—¿En ella?

—¿Cuál es su nombre?

—¡Nicki!

—«Luego, de repente, pensó en Nicki. En la hermosa mujer que inconscientemente le arrastraba a la muerte... y comprendió... comprendió que, a pesar de lo ocurrido...»

—¿Qué?

—«A pesar de todo lo que había hecho...»

—¡Al fin la encuentro, señorita Collins! —exclamó Haskell entrando acompañado de un policía que llevaba un manojo de llaves para abrir la reja.

—¡Oh, es increíble! ¡Es simplemente increíble! ¡Pensar que la hija de H. G. haya venido a parar a la cárcel! —exclamó Haskell desesperado.

—«Esto no es una cárcel —contestó Nicki riendo tras la reja—. Más parecido a una cárcel es la oficina de Nueva York.

—¡Qué horror, señorita Co-

llins! ¡No hable así! —exclamaba el viejo Haskell.

Mientras tanto el policía no atinaba en la llave que debía abrir la celda.

—Debe ser una de éstas —decía el carcelero, probando una tras otra.

Haskell vertía su ira contra Morgan.

—¡Criminal! ¡Qué va a pensar de mí la tía de Nicki!

—Ahora ya no tendrá que confesarse culpable —dijo Nicki a Morgan.

—Gracias, contestó el escritor al ver que su amiguita quedaba libre y él seguía encerrado.

—No se preocupe, que yo le sacaré de aquí.

—¡Señorita Collins, la hija de H. G. charlando con un criminal! Ahora voy a depositar la fianza, pero le suplico que no se separe de mí un solo instante.

En los pasillos había varios periodistas que habían acudido al juzgado al enterarse de la calidad de los dos detenidos por el crimen del Club Circo.

—¡Ya viene! —dijo un repórter, y todos se prepararon para interrogar y retratar a Nicki.

—Ahora, señorita Collins, procure no separarse de mí y todo saldrá bien —dijo Haskell.

Los periodistas rodearon a Nicki y a su acompañante, pero Haskell torció hacia otra dependencia evadiendo las indiscreciones de los muchachos de la prensa.

—¿Ve usted? Ya les hemos burlado. Ahora espere usted aquí unos instantes y saldremos tan aprisa que no podrán ni verla. Utilizaré un antiguo plan de ataque.

Salió Haskell de donde había dejado a la joven y se dirigió a los periodistas.

—Nada, caballeros; están perdiendo el tiempo. La señorita Collins se niega a hacer declaraciones...

—Por favor, señor Haskell —dijo un repórter gráfico—, sonría, hay que dar algo al público. Sonría...

—No, no, no, no, no hay fotos, no hay declaraciones—gritaba el pobre viejo rodeado de un enjambre de cámaras fotográficas y periodistas pluma en ristre.

Los que habían adoptado un antiguo plan de ataque eran los periodistas, pues mientras unos distraían a Haskell haciéndole creer que lo iban a retratar, los demás habían acudido adonde estaba Nicki, y ésta no se oponía a que la retrataran y sonreía a todas las cámaras. Al fin se dió

cuenta el viejo empleado de la oficina de Nueva York que los reporteros se habían salido con la suya y llegó a tiempo para oír a uno como decía a Nicki:

—Es usted la criminal más bonita del año.

—Caballeros, esto es intolerable. ¡Usted, el del abrigo gris! Deje la cámara. No puedo consentir que se haga publicidad de este asunto. Su padre se pondría furioso. ¡El de la cámara gris... digo del abrigo gris! Caballeros, les pido por favor que me entreguen esos negativos inmediatamente, no faltaría más.

Los periodistas cambiaron varias miradas entre sí y entregaron unos rollos de película a Haskell, que, como es de suponer, no eran los que se abastaban de impresionar, y el hombre quedó satisfecho.

Mientras Haskell estaba luchando con los de la prensa, Nicki vió que llegaba Arnold Waring y se dirigió a él.

—¿Le gustaría salir de aquí inmediatamente, señorita Collins? —preguntó Arnold.

—Ya lo creo, pero no sé si puedo todavía... hay que pagar la fianza.

—Yo he pagado su fianza. Sostuve una conversación muy

interesante con mi familia ayer noche y desean verla en seguida... es decir, siempre que usted quiera ver a mi familia.

Salieron Nicki y Arnol montando ambos en el coche de este último que aguardaba en la calle.

Haskell penetró en la oficina donde debía pagar la fianza.

—¿Está aquí la señorita Collins?

—Ya se ha marchado —contestó el oficial.

—¿Cómo es posible, si todavía no he depositado la fianza?

—dijo Haskell sorprendido.

—La ha pagado el joven que se ha ido con ella.

—¡Es imposible! ¡Qué la metan de nuevo en la cárcel! ¡Acabaré por volverme loco! —exclamaba el infeliz Haskell.

—Lamento que haya usted llegado tarde, señor Haskell, pero como yo no sabía quién era el que debía pagar, he aceptado el dinero del primero que ha venido.

Salió Haskell del despacho del juzgado sin saber qué partido tomar. O Nicki regresaba a San Francisco inmediatamente, o él moriría loco, ya no era posible aguantar más.

Apenas había salido Haskell del despacho del juzgado cuando se presentó allí Jonathan Waring.

—Vengo a depositar la fianza para que pongan en libertad a la señorita Nicki Collins.

—Amigo, parece que todos los ciudadanos de Nueva York están empeñados en satisfacer la fianza de esa señorita. Llega usted tarde, ya la ha pagado otro.

—¿Sí? ¿Quién ha sido si se puede saber?

—Arnold Waring.

Jonathan palideció, no pudo disimular la impresión que le había causado aquella noticia.

—¿Le ocurre algo? —preguntó el oficial.

—¡Espero que no ocurrirá nada!

UNA CARRERA HACIA LA MUERTE

NICKI y Arnold habían continuado en el coche de este último siguiendo por una carretera que les llevaba fuera de la ciudad. La joven no le dió ninguna importancia a la ruta emprendida, aun cuando observó que Arnold estaba un poco nervioso. Al cabo de un rato de permanecer en silencio, él preguntó:

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Collins?

—¡Claro que sí!

—¿Cómo averiguó usted que mi tío había sido asesinado? —dijo Arnold mirando a la joven fijamente.

—¿Usted sabe que su tío fué asesinado? —repuso Nicki con otra pregunta.

—Sí, y si le interesa este asunto podemos hablar de ello con calma.

El coche tuvo que hacer alto en un cruce donde había un puesto de diarios, y un vendedor voceaba las noticias más interesantes del día.

—¡Nuevo crimen misterioso! ¡Últimas informaciones sobre el asesinato del Circo Club! ¡Dos muertos!

—¡Qué horror! —exclamó la muchacha dándose cuenta de que en la portada del diario iba el retrato de Margo Martín—. ¡Margo, también!

—Sí, la encontraron ahorcada en su camerino. Pero deje esto. Conteste a mi pregunta. ¿Cómo

averiguó que mi tío había sido asesinado?

—¡Lo presencié! —dijo Nicki con calma.

El sorprendido entonces fué Arnold.

—¿Usted lo presencié? ¿Es verdad esto? Bueno, no importa, dentro de unos minutos llegaremos a casa.

Arnold, con los ojos fijos en el volante, aceleró la marcha del coche y no pronunció una sola palabra más.

Llegaron ante un enorme edificio comercial que parecía estar desierto.

—¡Está cerrado! ¡Aquí no hay nadie! —dijo Nicki un poco alarmada ante la extraña actitud de su acompañante.

—¡Es raro! Entraremos por la otra puerta.

El coche dió la vuelta y penetró en un pasillo que, seguramente, era el que facilitaba la carga y descarga de las mercancías. Allí había un enorme montacargas en que Arnold introdujo su vehículo y empezaron a ascender, parando en un inmenso almacén.

Los dos se apearon y en aquel momento Nicki tuvo la sensación de que jamás volvería a salir de aquel horrible lugar.

—Señorita Collins, ¿pudo usted ver el semblante de la persona que mató a mi tío?

—La cara, no. No pude porque estaba de espaldas, pero estoy segura de que era un hombre joven...

—¿Iba usted a decir algo más?

—No, no...

—Dijo usted que estaba segura de que el asesino era un hombre joven... y, de repente, se le ocurrió que pudiera ser yo...

—¡Sí! —contestó Nicki con valentía.

—¿Quién le había dicho a usted que yo odiaba a mi tío?

—¡Nadie!

—Pues lo adivinó usted, le odiaba, como le odiaba Jonathan y Wigam y... especialmente Saunders..., Saunders, precisamente el que ganaba más dinero gracias a él..., porque estaba en el Circo Club como su hombre de confianza...

Arnold hablaba excitado. Su semblante había adquirido una expresión extraña, una mirada extraviada, unas convulsiones en todo su cuerpo acompañaban las terribles declaraciones que hacía.

Nicki intentó huir y logró ocultarse en aquel grandioso almacén. Arnold empezó a perseguirla.

—¡Vuelva aquí! No juguemos más, señorita Collins, no sea tonta..., sólo deseo hablar con usted, no quiero hacerle ningún daño.

Aterrorizada por el aspecto de Arnold, cuya actitud resultaba inexplicable, continuó huyendo, y en un pasillo del almacén encontró a Jonathan.

—Señorita Collins, no salga.

—¡Es su hermano! ¡Está allí! ¡El ha sido! ¡El asesinó a su tío! —gritaba Nicki asustada.

—No pierda la calma, venga conmigo..., de prisa, yo la esconderé.

Jonathan condujo a Nicki a una habitación que la joven reconoció al instante. Arnold les había visto pasar y les siguió hasta donde estaban.

—¡Señorita Collins! ¡Señorita Collins! —gritaba Arnold angustiada.

—¡Se ha caído! —dijo Jonathan.

—Sí, pero no anda muy lejos y hemos de estar preparados. ¡Qué cosa tan rara! Oiga Jonathan, en una habitación muy parecida a ésta, yo ví asesinar a su tío...

—¡Era igual a ésta! —dijo el joven Waring acentuando las palabras.

Nicki alzó la vista y vió en el semblante de Jonathan una expresión de locura que no había observado anteriormente.

Jonathan cogió una barra de hierro que había en un rincón y realizó los mismos movimientos que hiciera en la noche que asesinó a Josiah Waring.

—Sí, señorita Collins; soy el mismo hombre que usted vió hacer esto unas noches atrás. Ahora pasará el tren por la línea elevada, esperaré a que pase..., nadie verá lo que ocurre aquí dentro...

—Pero la policía investigará—logró murmurar Nicki.

—Ya ha empezado a investigar. Descubrirá quién asesinó a mi tío... ¿por qué tuve que asesinarlo?

—Por la herencia, seguramente —dijo.

—Lo dejó todo a Margo.

—Se sabrá que usted mandaba a Margo.

—No del todo... Saunders era su jefe...

—Y usted era el jefe de Saunders y de Danny.

—Saunders ya no puede hablar, ya me ocupé de esto.

—¡Qué horror! Pero no conseguirá usted lo que quiere —

gritó Nicki viendo el peligro muy cerca.

—Lograré deshacerme de usted, jovencita...

—¿Cómo?

—La policía vendrá por aquí, saben que estoy interesado por usted, he ido a pagar la fianza, pero Arnold se había adelantado..., cuando la policía llegue encontrarán una jovencita muy hermosa... víctima de la locura amorosa de un maniático, de mi hermano Arnold, y yo habré matado a Arnold para proteger el nombre de Waring y no quedará ya nadie que pueda hablar...

—Le acusarán a usted de la muerte de su hermano...

—Claro que sí, pero encontrarán este hierro en manos de Arnold y habrá sido en defensa propia... un accidente... No intente escapar, señorita Collins, debe usted figurar entre estos nombres: tío Josiah, Saunders, Margo, usted, Arnold... y todavía tendré que aniquilar otros...

—¿A su tía Carlota, tal vez?

—No, no; quiero a tía Carlota como ella me quiere a mí. Siempre fui su sobrino favorito, ha sido para mí una madre... El tren ya se ha puesto en marcha, señorita Collins, ya sé que usted no quiere morir...

Nicki intentó una nueva táctica para ver si se salvaba de aquel maniático.

—Jonathan, ¿no recuerda que somos buenos amigos? Bailamos juntos en el Circo...

—Sí, sí lo recuerdo muy bien, pero lo fatal debe ocurrir. No intente marchar. Esta puerta no es una puerta, es un armario, no puede usted escapar..., recuerdo haber bailado con usted. Me di cuenta de que es muy hermosa, pero sabía ya que teníamos que encontrarnos solos en esta habitación para lograr que no pudiera usted hablar..., sabía demasiadas cosas...

Jonathan estaba a una prudente distancia de Nicki, pero era imposible escapar. Inesperadamente penetró Arnold en la habitación empuñando un revólver con el que pensó atemorizar a su hermano.

—Siempre esperé que ocurriera algo de lo que está pasando—dijo Arnold amenazando con su revólver—. Con razón no te quería, Jonathan. Esto es para mí una satisfacción.

El loco criminal sintió pánico y suplicó.

—Arnold, no dispares, soy tu hermano...

La situación era muy peligro-

sa porque Jonathan empuñaba la barra de hierro, y en un instante podía arrojarla a Nicki o a su hermano sin dar tiempo a éste a disparar; pero en aquel instante ocurrió lo que nadie esperaba; Wayne Morgan entró en la trágica habitación con un revólver.

—No teman nada, ya estamos a salvo —gritó Morgan.

—¡Márchese! —rugió Jonathan.

Los cuatro personajes que estaban en aquel misterioso cuarto se miraban como fieras dispuestas a saltar una al cuello de otra. Morgan era el que conservaba más la serenidad.

—No crea, señor Waring que he venido solo... —decía Morgan para ganar tiempo.

—Puede usted escribir otro capítulo a una de sus novelas —comentó Arnold.

—Espere un momento, señor Waring. ¿Qué diría usted si supiera que no he venido solo...?

—Diría que tiene usted mucha imaginación —gruñó Jonathan.

—¿Qué diría si supiese que he venido acompañado de la policía?

—Diría que es usted escritor de novelas policíacas...

—¿Qué diría si supiera que en

este momento, tres policías van a aparecer por esta puerta?

Apenas había Morgan pronunciado estas palabras cuando irrumpieron varios policías en la habitación que había sido tumba de Josiah Waring. Costó un poco dominar la resistencia de Jonathan, pero, al fin, pudieron ponerle las esposas y llevárselo preso.

Arnold, Nicki y Morgan fueron invitados también a seguir para poder prestar declaración.

La admiración de Nicki por el novelista creció de punto y no pudo contenerse.

—¡Wayne Morgan, te quiero, eres admirable!

Algunas semanas después el expreso transcontinental que se dirigía a San Francisco de California llevaba dos pasajeros en un departamento de primera. Ella, una joven muy hermosa, leía una novela policíaca. El, sin duda su marido, observaba el paisaje que desfilaba ante la ventanilla.

El criado negro penetró en el departamento.

—¿Puedo arreglar las literas?

—Vuelva un poco más tarde —dijo Nicki absorta en la lectura de la novela.

—Bien, señora.

El negrito se retiró.

Morgan esperaba pacientemente a que su esposa terminara la novela y esto todavía tardaría en ocurrir.

—¿No sabes una cosa? —dijo Nicki.

—¿Qué?

—¡Esta es tu mejor novela!

Nicki andaba por la mitad del

libro y su marido ya estaba cansado de esperar. Convenía hacerle perder interés en el libro.

—¿Sí? El hombre del gabán gris es el asesino —dijo Morgan.

—¡Oh! Ahora el libro ya no tiene interés... ¿Por qué me lo has dicho?

—¡Déjate de novelas policíacas y ocúpate un poco de tu pobre marido, Nicki!

FIN

Los más célebres artistas
Las grandes producciones
La mejor literatura
siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arias
Rinconcito madrileño P. Q. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! José Baviera
Eran tres hermanas Lulista Gergallo
Bohemios Emilia Allaga
Don Floripondio Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró

Martingala Niño Marchena
Rápteme usted Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
¡Al-Álái! Inés de Val
¿Quién me compra un
un lio? Maruja Tomás
Alas de paz Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana I. Argentina
El sobre lacrado E. Gorgallo
La Delarosa Rosita Díaz
La Millona R. de Sentmenat
Soplos de España Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los
de Aragón) M. de Giega
El octavo mandamiento Lina Yegros
Rumbo al Cairo Miguel Ligeró
El difunto es un vivo Antonio Vico
Malinas de viento Pedro Terol
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Melodía de arrabal I. Argentina
C. Cardel

Sol de Valencia Maruja Gómez
Misterio en la Marisma Tony D'Algy
Rosas de otoño M. P. L. Guevara
La patria chica Estrellita Castro
La chica del gato Josita Hernán
Un entrada de familia Mercedes Vecino
La culpa del otro Luis Prendes
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? José Nieto
Una mujer en un taxi Silvia Morgan
Una herencia en París Tony D'Algy
Empezó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al timón Miguel Ligeró
La Perraia Maruja Tomás
Verbena Maruja Tomás
Reas de África Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flor de espino Gracia de Triana
Tú llegarás Roberto Rey
Buonas noches M. Luisa Cerna
Otoño Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
Apuesta de amor . . . Gené Raymond
Héctor Fieramosca . . . Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sepultada en vida . . . A. Nazzari
Defensores del crimen . . . Richard Dix
Aventura Pampadour . . . Kate de Nagl

Melodía rota . . . Billy Bergel
Titanes del mar . . . Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . . Ann Sothern
Maria Elena . . . Paula Wessely
Posada Jamaica . . . Charles Laughton
El caso Vare . . . Clive Brook
Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . . Heinz Ruhmann

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los
elefantes . . . Sabú
Tú cambiarás de vida . . . M. Redgrave
Los dos niños de París . . . C. Barghon
¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover
La última avanzada . . . Cary Grant
Vacaciones juez Harvey . . . Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión . . . Ann Harding
Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche . . . Edmund Lowe
Afirmas en el expres . . . M. Redgrave
Crimen de medianoche . . . Ramón Pereda
El signo de la Cruz . . . Fredric March
El asesino invisible . . . Walter Abel
Los dos pilotes . . . Jacques Távoli
Pygmalion . . . Leslie Howard
María Estuardo . . . Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces . . . Michael Redgrave
Por la dama y el honor . . . Paul Lukas
El día que me quieras . . . Carlos Gardel
El pequeño lord . . . F. Bartholomew
Tarxón de las flores . . . Buster Crabbe
Albergue nocturno . . . Greta Cynn

El misterio de Villa Rosa . . . Judy Kelly
Acusado . . . Dolores del Río
Forja de hombres . . . Mickey Rooney
Lo prefiero millonario . . . Gené Raymond
Los peligros de la gloria . . . James Cagney
La bella rebelde . . . Ann Sothern
Buscando fama . . . Don Ameche
Una mujer imposible . . . Jenny Jugo
El hombre del Níger . . . Victor Francen
Extraños en luna de miel . . . Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio . . . Mickey Rooney
Fruto dorado . . . Clark Gable
El secreto del marqués . . . Armando Falconi
Irene . . . Ann Nagle
Una hora en blanco . . . Franchot Tone
La batalla . . . Charles Boyer
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras . . . Greta Garbo
Luna llena . . . Jean MacDonald
La hora radiante . . . Joan Crawford
Cuando él se encuentra . . . Melvyn Douglas
El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
Una chica se divierte . . . Jean Arthur
Una mujer endiablada . . . Lupe Vélez
El club 400 . . . George Murphy

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2⁵⁰ Ptas.

IMP. A. G. BELLAS